

Meléndez Valdés, poeta áuolico de José Bonaparte*

MANUEL MORENO ALONSO
Universidad de Sevilla.
manuelmorenoalonso@gmail.com
mmalonso@us.es

RESUMEN

El rey José I fue una persona culta y amante de la literatura, llegando a escribir alguna novela. Por esta razón siempre gustó de relacionarse con poetas cuando ostentó el poder en Italia y en España. Meléndez, convencido afrancesado, más ideológico que político, sirvió lealmente a su rey y lo alabó con dos poemas que lo convirtieron en un auténtico “poeta áuolico”. Es significativa la oda Al rei nuestro señor, fechada en Sevilla el 20 de abril de 1810, en la que muestra su fidelidad más completa al rey, no ya como cantor del mismo, sino como político y consejero de Estado.

ABSTRACT

King Joseph I was a cultured person and lover of literature, getting to write some novel. For this reason he always liked to relate to poets when he held power in Italy and Spain. Meléndez, convinced French, more ideological than political, served his king loyally and praised him with two poems that made him a true “poet.”. The Ode Al rei nuestro señor, dated in Seville on April 20, 1810, in which he shows his fullest fidelity to the king, not as a singer but also as a politician and state counselor.

“He bebido mucho, sin merecerlo, en la amarga copa del dolor; mis años de sazón y de frutos, de utilidad y gloria, los sepultó la envidia en un retiro oscuro y una jubilación; me he visto calumniado, perseguido, desterrado, confinado y aún crudamente preso en el abatimiento y la pobreza, en lugar de los premios a que mis méritos literarios, mis celos y mis servicios me debieran llevar, y por todo ello no debe ser extraño que sienta y que me queje”, Juan MELÉNDEZ VALDÉS, *Prólogo del autor*, escrito en Nîmes (1815).

* Fecha de recepción: 02.06.2017. Fecha de aceptación: 19.06.2017.

LOS POETAS CORTESANOS DEL REY JOSÉ

Juan Meléndez Valdés (1754-1817), el poeta “más popular” de España a juicio de José María Blanco White¹, se convirtió en el poeta áulico por antonomasia de José Bonaparte. Ninguno de los hombres de letras, que fueron muchos, que abrazaron la causa bonapartista estuvo tan cerca del rey ni le sirvieron como él. Fue verdaderamente su poeta áulico en unas circunstancias dramáticas como hasta entonces no se habían vivido en España. Según su amigo y admirador Manuel José Quintana que, por el contrario, abrazó la causa patriota, lo fue por “mala suerte”, al no poder salir de Madrid con la Junta Central². Razón por la cual, al terminar la guerra napoleónica, encontró la salvación respecto de los patriotas en la huida. Si bien el patriota Quintana contará de forma emotiva cómo el poeta, al pasar la frontera hispano-francesa, besó llorando la tierra: “ya no te volveré a pisar”³. Su caso en la historia de los poetas áulicos es verdaderamente excepcional.

Desde la más remota antigüedad, el poder ha ejercido una fuerte atracción sobre los poetas y escritores de todas las tendencias. Probablemente, fue la creación del llamado “Consejo áulico”, en tiempos del Sacro Imperio, el que determinó la aparición del concepto de escritores “áulicos”, en referencia a los escritores “palaciegos” y “cortesanos” que se hallaban próximos al poder en los palacios o en las cortes de reyes o de nobles. Razón por la cual mientras estos, por una parte, se convirtieron en cantores obsequiosos del “arte del buen gobierno” y de la conducta de los poderosos, por otra, suscitaron numerosos rechazos por parte de sus oponentes políticos.

Los cantores “áulicos” del poder, tan frecuentes en Italia, cobraron carta de naturaleza en el Renacimiento. Un caso particular muy conocido fue el del gran humanista Lorenzo Valla, quien a todo trance quería ser “poeta áulico”, cosa que consiguió, no sin gran esfuerzo, después de dedicar una y otra vez sus celebrados Epigramas a los poderosos. En España, el caso más representativo fue en aquella misma época el de Nebrija, cantor de las grandezas de la lengua⁴.

¹ *Varietades*, II, 252-253. Cit. en MORENO ALONSO, Manuel: *Blanco White. La obsesión de España*, Sevilla, Alfar, 1998, 494.

² Cfr. MORENO ALONSO, Manuel: *Proceso en Cádiz a la Junta Central. Un ensayo sobre el derrumbamiento del poder en la guerra de la Independencia*, Madrid, Sílex, 2014.

³ M.J. QUINTANA, prólogo y biografía en su ed. póstuma de *Poesías*, Madrid, 1820. Cfr. También *Poetas líricos del siglo XVIII*, BAE, LXII, pp. 67 y ss.

⁴ JIMÉNEZ CALMETE, Teresa: “Nebrija. Poeta áulico. La *Peregrinatio Regis et Reginae ad Sanctum Jacobum*”, *Medievalismo*, 20, 2010, 63-95.

Particularmente en Italia, con el tiempo, la actividad de los poetas de esta condición se convirtió en algo natural. Hasta el punto de que el abate Pietro Metastasio, poeta áulico en las Cortes de Viena y de Sicilia, publicó sus obras con el título de “poeta cesáreo”, sinónimo de áulico o cortesano⁵. Autor éste que tuvo una gran repercusión en toda Europa en el último cuarto del siglo XVIII, y que fue traducido por el propio vate español Juan Meléndez Valdés⁶. Por entonces el italiano Vittorio Alfieri, cuyas tragedias fueron representadas en España con mucho éxito años después⁷, habló de la existencia de dos tipos de escritores: “el escritor del príncipe” o “protegido” y “el escritor del pueblo” o “el poeta tribuno” y “desprotegido”⁸.

Con estos antecedentes, bien se comprende que, cuando las tropas napoleónicas llegaron a Italia en 1796, surgió por doquier un nuevo culto intelectual a los *héroes* del momento, al tiempo que los nuevos panegiristas italianos se consideraban *filósofos*, atribuyendo al término el sentido de “ciudadanos por excelencia”, en calidad de “defensores del género humano” y, por consiguiente, denunciadores del “oscuro origen de los prejuicios y de los errores”. Con pocas excepciones, los más de ellos no dudaron en ponerse a favor de los nuevos señores –los Bonaparte–, asumiendo el deber de “romper el velo con el cual se cubrían la superstición y la tiranía”⁹.

Esta situación de complacencia hacia el poder por parte de los plumíferos italianos la comprobó mejor que nadie el propio José Bonaparte cuando, en la temprana fecha de 1797, “V año de la República”, fue nombrado por su hermano ministro en la Corte de Parma, mientras los Estados de Bolonia, Ferrara y la Romaña se unían a la República Cisalpina. El nuevo destinatario fue perfectamente acogido por el duque de Parma, hombre instruido, que había sido alum-

⁵ *Opere del signore Pietro Metastasio, romano, poeta cesareo*, Nápoles, Presso in Fratelli de Bonis, 1780, 2 vols.

⁶ DEMERSON, Georges: *Meléndez Valdés*, Madrid, Taurus, 1971, II, 258. La letrilla “La libertad a Lice” lleva como subtítulo: “traducción de Metastasio”.

⁷ Encontrándose en Barcelona en 1821, Moratín escribió a su amigo Melón sobre el éxito de la tragedia de Alfieri, *Filipo*, donde “un Inquisidor que sale en ella fue solemnemente escarnecido y apostrofado de todas partes, llamándole hipócrita, fanático, impostor y otras lindezas, que prueban la distancia que va del año de 19 al de 21” (*Epistolario* de Moratín, Madrid, Castalia, 1973, 439).

⁸ ALFIERI, Vittorio: *Del príncipe e delle lettere* (1789), en Alfieri, *Della tiranide. Del príncipe e delle lettere. La virtù sconosciuta*, Milán, Bur, 1996, 195.

⁹ SCOTTI DOUGLAS, Vittorio: “Los espejos italianos. Visiones diacrónicas y discrepantes de la Guerra de la Independencia”, en Emilio La Parra (ed.), *La guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes y consecuencias*, Casa Velázquez-Universidad de Alicante, 2010, p. 179.

no del mismísimo Condillac, y por la duquesa, hermana de María Antonieta e hija de la emperatriz María Teresa de Austria, que estaba siempre rodeada de eclesiásticos. Amigo de Rousseau y de los enciclopedistas, el abate Condillac ejerció una gran influencia en los ilustrados españoles¹⁰.

En un viaje de José Bonaparte a Milán desde Parma para cumplimentar a su hermano Napoleón en su cuartel general del castillo de Montebello el poeta Arnault, amigo de José, dejó su testimonio ocular de la corte improvisada que le rodeaba: “Oficiales de alta graduación, administradores, gobernadores y magistrados rodeaban a Napoleón, guardando respetuosa distancia. [...] jamás un cuartel general alguno se había asemejado tanto a una corte real. El ambiente era exactamente el mismo de las Tullerías pocos años después”¹¹.

El mismo ambiente cortesano rodeó a José Bonaparte cuando el Directorio le nombró ministro plenipotenciario ante el papa Pío VI (6 de mayo de 1797). Y unos días después, el 15 de mayo (26 de floreal del año V de la República) le nombró embajador en la misma corte con unos honorarios de 60.000 francos, mientras en Roma se encendía la agitación entre los contrarrevolucionarios, por una parte, y los jacobinos, apoyados por la embajada francesa, por otra¹².

Según el historiador español Andrés Muriel, que con el tiempo se convertiría en partidario del futuro rey José lo mismo que el poeta Juan Meléndez Valdés, José llegó a Roma cuando los Estados pontificios eran el blanco de la “cólera filosófica” de la República francesa¹³. Que precisamente para aplacar este estado de ánimo contra la utopía republicana fue enviado a Roma el embajador Bonaparte. Acompañado de su esposa, el “ciudadano embajador” se hospedó en el hotel del señor Pío, en vía Condotti, cerca de la Plaza de España, de donde se trasladó inmediatamente al famoso Palacio Corsini, en la Lungara, donde había vivido y fallecido la reina Cristina de Suecia rodeada de una corte de artistas y poetas.

¹⁰ MELÉNDEZ VALDÉS, Juan: *Obras completas*. Edición de Antonio Astorgano Abajo, Madrid, Cátedra, 2004, 1208 [en adelante *OC*]. Desde Salamanca, el 16 de julio de 1780, Meléndez Valdés le decía a Jovellanos: “He logrado el *Curso de estudios* del abate Condillac, que son dieciséis tomos; llevo leído los dos primeros, que son *Arte de hablar y de escribir*; me gustan mucho, y toda la obra, por el plan de ella, me parece excelente”.

¹¹ MORENO ALONSO, Manuel: *José Bonaparte. Un rey republicano en el trono de España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, p. 90.

¹² AHN, Estado, leg. 3908. De Nicolás Azara a Bernardo de Iriarte, Roma, 10 de agosto 1797.

¹³ MURIEL, Andrés: *Historia de Carlos IV*, Madrid, BAE, 1959, I, 300-302.

El nuevo embajador permaneció en Roma hasta el 28 de diciembre de 1797, breve tiempo en el que su embajada brilló con todo ornato. Las recepciones al *Sacré College*, al cuerpo diplomático y a la nobleza romana se sucedieron durante aquel inolvidable otoño. El Santo Padre estuvo representado en sus salones por su sobrina, Costanza Braschi, que presentó sus damas a Julia, la esposa del embajador. Por su parte, la nobleza y las clases más influyentes correspondieron a su vez con recepciones grandiosas, mientras los hombres de letras dedicaban sus obras a Julia o a Carolina Bonaparte.

En medio de sus misiones diplomáticas, el ciudadano embajador, que pronto volvió a París, descubrió una tentación nueva: la literaria. Realmente, desde sus estudios en el colegio de Autun y, después, en la Universidad de Pisa, no dejó de interesarse por las Letras. Razón por la cual no tenía nada de extraño que a su regreso de Italia, José, influenciado por los gustos literarios de su generación, quisiera hacerse un nombre en el mundo de las letras¹⁴. A la admiración por Bernardino de Saint-Pierre –que gozaba de un prestigio comparable al que pudo tener Voltaire un siglo antes- y su famosa novela *Pablo y Virginia*, se debe la publicación por parte de José de su novela *Moïna ou la villageoise du Mont Cenis*, otra historia sentimental por el estilo de resonancias osiánicas, que su autor escribió durante su misión diplomática en Italia¹⁵.

La publicación de aquella novela sentimental escrita según el gusto de la época, independientemente de su originalidad o de su éxito, es de un gran interés porque dice mucho de la tentación literaria (filosófica e intelectual) de su autor. Porque la novela del ciudadano embajador tiene un mensaje muy revelador, que dice mucho de la “ideología” del autor en aquellos momentos. La novela encierra un mensaje evidente, más allá de empeñarse en probar, un tanto al modo de Rousseau, que la felicidad se encontraba más en la intimidad de dos amantes que en la vanagloria de la fama. En sí misma, la novela –que no deja de ser un canto “amoral” al “amor libre”, aun cuando, al final, el autor case a los dos amantes- es un alegato evidente a favor de los derechos imprescriptibles de la naturaleza frente a los obstáculos que le oponían las leyes religiosas y civiles o los intereses económicos.

¹⁴ Los libros, particularmente los franceses, leídos por José Bonaparte son los mismos que rodeaban a Meléndez y éste tenía en su biblioteca: Bayle, Condillac, Chordelos de Laclous, Fleury, Fontenelle, La Harpe, Mably, Marmontel, Montesquieu, Prevost, Raynal, Rousseau o Saint-Pierre (Demerson, I, 145).

¹⁵ DUFOUR, Gérard: “José I, el rey novelista”, en *La Aventura de la Historia*, año IX, nº 100, 2006, 216-223.

Con la publicación, de forma anónima en su primera edición, de *Moïna*, el ciudadano Bonaparte, con poco más de treinta años, se hacía un nombre también en los mentideros parisinos de la “república de las letras”, expresión ésta tan del gusto del poeta Meléndez¹⁶. A lo que se unía el hecho de que, como todos los corsos, tenía afición por la representación y por las funciones públicas. Y, por supuesto, estaba decidido a ser alguien entre sus amigos del *parti philosophique*.

En aquellos momentos, el balance literario de la Revolución resultaba desastroso, ya que ninguna obra de envergadura fue inspirada por los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1789 y 1799. La censura lo impidió. Condorcet, por ejemplo, aristócrata de ideas liberales, “el último de los filósofos”, según la expresión de Michelet, fue acusado de ser conspirador y enemigo de la República, y se envenenó en su celda¹⁷. Ni siquiera Voltaire consiguió escapar, de forma póstuma, a la vigilancia de los censores. *Zaire* fue proscrito, *Mahomet* recortado, y el desenlace de *Brutus* cambiado. Y Laclos se calló después de 1789. Las cosas empezaron a cambiar algo, quizás, en 1797, el año en que José escribió su novela, en la que el libertino marqués de Sade, ya liberado de la cárcel, publicó *La nueva Justina seguida de la historia de su hermana Julieta*. El mismo año en que Chateaubriand publicó su célebre *Ensayo histórico sobre las revoluciones*, aunque fuera olvidado casi enseguida.

Realmente, la Revolución no fue generosa con los filósofos o los libertinos que la anunciaron¹⁸. Cosa que Meléndez —que con el tiempo pudo tratar de estos asuntos con el propio rey José y sus hombres más próximos, haciendo exhibición de sus conocimientos literarios franceses— había descubierto por sí mismo¹⁹.

¹⁶ *Obras Completas*, 1176. A Jovellanos, en 1778, le habla de su interés por la *República de los jurisconsultos* (OC, 1191).

¹⁷ Meléndez admitía con Condorcet la existencia de leyes universales formando un gran sistema en la naturaleza. CONDORCET: *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, ed. de A. Torres del Moral, Madrid, Editora Nacional, 1980. Cfr. OC., 1438.

¹⁸ REGALDO, M.: *Un milieu intellectuel: la Decade philosophique (1794-1807)*, Lille, Université, 1976.

¹⁹ En una carta autógrafa y sin fecha de la colección de A. Rodríguez Moñino, pero posterior a los excesos del Terror, escribió Meléndez con referencia a Madame de Staël: “Si Vm. anda tras Mme. Estael, yo he empezado la historia de las prisiones de París [*Premier et second tableaux des Prisons de Paris, bajo el gobierno de Robespierre*, 2 vols.] para despedazarme el corazón; ¡qué de atrocidades, qué de horrores!; parecen imposibles este ser incomprensible que llamamos hombre y que es el más feroz de todos los vivientes. ¡Y por gentes así nos interesábamos alguna vez! Avergoncémonos de nuestro involuntario engaño y escarmentemos para en adelante” (OC, 1217).

Sin embargo, las cosas en Francia parecía que empezaron a cambiar justo en los días en que José publicó su novela. Era la época en que todas las miradas de los políticos y hombres de letras se centraban en la estrella de Napoleón. La joven Madame de Staël, por ejemplo, no esperó ni siquiera a su llegada a París para testimoniarle su más profunda admiración. Ya desde Italia escribió varias cartas al joven general sin conocerle personalmente²⁰. Y cuando la oposición de la dama fue inevitable, allí estaba José, tratando de contemporizar.

La propia Madame de Staël describiría muy bien, posteriormente, el momento en que José Bonaparte —“cuyo ingenio y conversación” tanto le agradaban— fue a verle y le dijo: “Mi hermano está quejoso de vos. ¿Por qué —me preguntó ayer—, por qué la señora de Staël no se adhiere a mi gobierno? ¿Qué es lo que quiere? ¿La devolución del depósito de su padre? Lo decretaré. ¿Residir en París? Se lo permitiré. En suma, ¿qué quiere?”. A lo que la señora le contestó: “No se trata de lo que quiero, sino de lo que pienso”²¹.

Por sus tentaciones intelectuales, y por su significación en la República en aquellos momentos, José Bonaparte se convirtió en un punto de referencia importante para los nuevos valores de las letras y de la intelectualidad de la República. Por lo pronto, el ciudadano embajador no dudó en poner a disposición de sus amigos, que compartían con él tanto la tentación política como la literaria, su propia casa, en su nueva propiedad de Mortefontaine, donde acogió, por ejemplo, a la hija del ex ministro Necker, la ya famosa Madame de Staël (acompañada entonces de su confidente Mathieu de Montmorency). Allí se reunirá habitualmente con sus amigos, tan interesados por la política como por las letras: Regnaud de Saint-Jean-d’Angely, Roederer, Chauvelin, Andrieux, Boufflers, Fontanes o Arnault.

Este último, concretamente, era poeta. Emigrado en Inglaterra durante el Terror, volvió después a Francia, donde escribió una tragedia con el título de *Cincinnatus ou la Conspiration de Spurius Melius*. Aficionado a viajar, recorrió toda Italia, de Venecia a Nápoles. Acompañó a Luciano Bonaparte en su embajada a España. Fue secretario de Universidades, y tuvo un gran ascendiente sobre los hermanos Bonaparte. José lo nombró miembro de la comisión del Consejo de Estado para preparar las disposiciones legislativas que se juzgaran necesarias para hacer que el Código Napoleón resultara aplicable a España.

²⁰ GAUTIER, Paul: *Madame de Staël et Napoleon*, Paris, 1921, p. 2.

²¹ Madame de STAËL: *Diez años de destierro: Memorias*. Traducción de Manuel Azaña. Madrid, Calpe, 1919, 155.

Comisión de la que formará parte también el jurisconsulto y poeta Meléndez. Y en cuanto a Fontanes, que de joven vio morir a Voltaire, diría Chateaubriand, que lo conoció personalmente durante el tiempo de su emigración en Inglaterra, que él fue su “guía en las letras”²².

Bien se comprende que, con estos antecedentes, cuando José Bonaparte se convirtió, sucesivamente, en rey de Nápoles, primero, y de España, después, se rodeara de intelectuales y poetas cortesanos. Pues el nuevo rey compartía la idea de Madame de Staël –quien llegó a creer que José hasta aceptaría la corona de Italia- de que ¡“también la inteligencia es un poder”!

Nada más llegar a Nápoles como rey en 1806, llevó de Milán a Vincenzo Monti, el más reconocido de los poetas de Italia, que había exaltado a Napoleón como un *Prometeo*, haciendo un tipo de poesía nuevo en sentido democrático y anticatólico. Al tiempo que el poeta lamentaba no tener la pluma de Horacio para exaltar las cualidades del rey. De la misma manera el escritor toscano Giovanni Rossini le ofreció *Dante y Petrarca*, volúmenes editados bajo su dirección e ilustrados por el grabador italiano Morghen, apreciado también por el rey. ¡Horacio y Petrarca, dos poetas tan del gusto de Meléndez, desde sus primeros versos!²³

Gracias a su amigo Girardin, conocemos cómo eran las veladas en la Corte de Nápoles en los días en que llegó la reina. “Nada es más agradable que nuestras reuniones íntimas. El rey ama las letras; él ha llamado ante él al poeta Monti que nos hace lecturas muy interesantes. A su lector Larive lo hace director de una compañía teatral en Nápoles, convirtiéndose después en profesor de declamación en el Ateneo, desde donde le enviará posteriormente su curso a España. La reina tiene placer en hacerse leer romances nuevos. *Eugène de Rothelin* ha fijado su atención. Esta obra de Madame de Flahaut, hoy Madame de Souza, es una historia interesante...”²⁴.

²² MORENO ALONSO, M.: *José Bonaparte*, 467. Arnault (también escrito Arnauld), concretamente, es autor de unas Memorias, *Souvenirs d'un sexagènaire*, Paris, 1833.

²³ ASTORGANO en *OC*, 1398: “Horacio estaba presente en el aula y en todo tipo de oposiciones, como a cátedras de Humanidades o al título de preceptor de gramática (latina)”.

²⁴ Stanislas de Girardin, *Mémoires*, II, 58 y ss. La marquesa de Souza-Bothelho se crió en la Corte de Luis XVI y Madame de Pompadour. En 1796 emigró a Londres con su hijo (conocido por ser hijo de Talleyrand, aunque más bien parece haberlo sido del político inglés William Windhem). Se ganó la vida escribiendo. Su primera novela, *Adèle de Senanges* (1794) tuvo un gran éxito, que le proporcionó 40.000 francos. Talleyrand mismo le corrigió las pruebas. Este año, su primer marido, el mariscal de campo De Flahaut, que tenía cerca de cuarenta años más que ella, fue guillotinado en Arras. Viviendo en Suiza, llegó a ser la amiga del futuro rey Luis

En honor a los *illuminati* constituyó la Real Academia, con distintas ramas para la historia, las *belles lettres* y las bellas artes. Soñó con hacer de su gran teatro el rival de la Ópera de París. Todo esto impresionó a las amistades que vinieron a verle expresamente, o prometieron rendirle homenaje con su visita, como Madame de Staël, que lo hizo desde Suiza, enviándole un ejemplar de *Corina*. Se ha dicho que le visitó, igualmente, la famosa Madame Tallien – hija de su futuro ministro de España, Francisco Cabarrús–, convertida entonces en condesa de Caraman.

Mientras desempeñó las funciones de rey, José estuvo en contacto con las figuras principales de la Francia imperial: electores del Imperio, senadores, cancilleres de la Legión de Honor, miembros del Instituto, ministros, príncipes, mariscales, diplomáticos, cardenales, poetas o arqueólogos le escriben o se cartean con el rey. Particularmente llevó una vida muy activa en los aspectos literarios y artísticos. Coleccionó pinturas, esculturas, objetos de arte de todo tipo y libros en grandes cantidades. Y fue muy a menudo al teatro y a la ópera.

Louis Reynier, que sirvió como comisionado real en Calabria, fue más tarde conocido internacionalmente como arqueólogo e historiador. Y el conde Stanislas de Girardin, caballerizo de José, hijo del rey Stanislas de Polonia, el protector de Rousseau, era soldado y poeta. José comprendió la importancia de la literatura y de la historia. Amigo del rey fue Gabriele Rossetti, más tarde líder de los carbonarios, exiliado en Inglaterra (1820), y padre de una familia numerosa de escritores y artistas. Conocedor de las gloriosas letras italianas, levantó en Sorrento un monumento a Tasso, al tiempo que intentó coleccionar todos sus escritos para depositarlos en la casa del poeta. Regla suya fue premiar largamente a cuantos le sirvieron con fidelidad.

Nada más enterarse del nombramiento del nuevo rey José, volvió a Nápoles Vincenzo Cuoco, que había obtenido una gran reputación en Milán después de exiliarse de Nápoles en 1799. Amigo de Manzoni, regresó al reino en 1806, y allí desempeñó cargos públicos y dirigió sucesivamente *Il Corriere di Napoli* e *Il Monitore delle Due Sicilie*. Su *Ensayo histórico sobre la revolución napolitana de 1799*, su obra más importante, fue publicada bajo los reales auspicios

Felipe. Escribió numerosas novelas en los años siguientes. *Eugène de Rochelin* apareció en 1806. En 1802 se casó con un diplomático portugués y fue recibida en las Tullerías. Fue muy leída en su tiempo, hasta el punto de que muchas mujeres se llamaron Adela por su heroína *Adèle de Senanges*. Metternich tituló *retrato de Adela* el retrato de Laura Abrantes. Sus novelas figuraron en la biblioteca de Napoleón en Santa Helena.

de José²⁵. En julio de 1808 fue a Madrid para felicitar en nombre del gobierno napolitano a José Bonaparte. Al tiempo que su primo por parte de madre, Gabriele Pepe, fascinado desde hacía tiempo por *il delirio della libertà*, se enroló en el ejército de José y luchó por él, primero contra los *brigantes* en Nápoles, y después en España²⁶.



José I Bonaparte (Córcega, 1768-Florenca, 1844).

LOS HOMBRES DE LETRAS JOSEFINOS EN ESPAÑA

Dada la admiración suscitada por la Francia napoleónica, no fueron pocos los españoles que simpatizaron con su causa, sobre todo en las grandes ciudades y entre los hombres más cultivados. Entre los militares había fervorosos admiradores de Napoleón como Miguel José de Azanza, Gonzalo O’Farrill, Tomás de Morla o Rafael Blasco, conde de la Conquista. Los había también entre los juriconsultos, los clérigos y los intelectuales. La embajada de Francia sabía perfectamente quién era quién, y con quién se podía contar. Sebastián Piñuela —que años atrás había frecuentado como Meléndez el círculo de la condesa del

²⁵ MANZONI: *Saggio storico sulla rivoluzione di Napoli*. Edición crítica y amplia introducción de A. De Francesco, Lacaita, Manduria, 1998.

²⁶ SCOTTI DOUGLAS, Vittorio: “Gabriele Pepe e la sua visione della Spagna e della guerra (1807-1809)”, en *Gli Italiani in Spagna nella guerra napoleónica (1807-1813). I fatti, i testimoni, l’eredità*, (a cura di V. Scotti), Edizioni del Orso, Alessandria, 2006, p. 283.

Montijo²⁷- fue informador de Murat, como después lo fue de José, de la misma manera que el marqués de Gallo lo había sido en Nápoles. Las asignaciones a muchos de ellos no tardarían en consignarse en los presupuestos del reinado²⁸.

En una época de grandes cambios en la mentalidad de los hombres, el embajador francés desempeñó también un fundamental papel de informador. Desde el primer momento informará a París de cómo los hombres del mismo rey, dada la ofensiva de los patriotas en contra, se afanaban en alejarse de todo cuanto pudiera parecer excesiva influencia francesa. “Todos los días veo con qué habilidad –escribía- se modifican las medidas, e incluso las palabras, que podrían parecer imitadas de lo que pasa en Francia”. De donde el juicio emitido por él sobre el poeta Manuel José Quintana, el gran amigo de Meléndez Valdés, que a diferencia de éste abrazó fervorosamente la causa patriótica. De él informará que es “conocido por la petulancia de sus opiniones republicanas, gran partidario de Francia bajo el régimen de la Convención, más frío bajo el Directorio o el de Brumario del año VIII”²⁹.

Quienes en la tarde del jueves 7 de julio de 1808 firmaron la Constitución de Bayona constituirán el núcleo fundamental de los hombres de José, a pesar de que no pocos de ellos volvieron después a pasarse a la causa de Fernando. Entre ellos, el número de escritores, propiamente, es escaso frente al de la nobleza, militares u hombres de Gobierno, pero se encuentran, entre otros, José Gómez Hermosilla, el poeta, y Juan Antonio Llorente, el historiador.

En los primeros momentos, hombre de progresivo ascendiente sobre el nuevo rey de España José I –denominado por la oposición patriótica *El Intruso*- fue el conde de Cabarrús. De todos los nuevos ministros españoles recién nombrados, él era el único conocido personalmente por el rey. Era el más familiar. Lo conocía personalmente desde que fue nombrado embajador extraordinario en París para la paz de Luneville, diez años atrás, en la época en que Jovellanos –su gran amigo- fue ministro de Carlos IV³⁰. Con toda seguridad, estaba al tanto de buena parte de las vicisitudes de su vida, que le llevaron de ser mancebo en una tienda de Valencia a convertirse en un rico banquero. Según se decía, la suerte en sus negocios y la hermosura de su hija Teresa, “que

²⁷ DEMERSON, Georges: *Meléndez Valdés*, Madrid, Taurus, 1971, I, 278.

²⁸ AHN, *Consejos*, leg. 1785. Presupuestos del Ministerio de varios meses de 1810.

²⁹ LA FOREST: *Correspondance*, IV, 198. Cit. en M. MORENO ALONSO: *José Bonaparte*, 488.

³⁰ MORENO ALONSO, Manuel: *Jovellanos, la moderación en política*, Madrid, Gota a Gota, 2017, p. 117 y ss.

podrían dar materia para una novela” en palabras del embajador español Azara, le hicieron pasar por persona influyente en aquel gobierno³¹.

Cabarrús –pintado por Goya lo mismo que Jovellanos y Meléndez- pudo ser el primero que de una forma privilegiada pudiera hablarle al nuevo rey de las excelencias de Don Juan Meléndez Valdés, de quien desde años atrás tanto sabría de forma directa por el entrañable amigo de ambos, el gran Jovellanos. Si bien su amistad quedó interrumpida para siempre tras la batalla de Bailén (19 de julio de 1808), que arrojó a muchos simpatizantes e iniciales partidarios de José I a la causa de Fernando, cuando el celo patriótico de los intelectuales tras la victoria llevó a algunos a plantear la necesidad de depurar las instituciones de sus componentes afrancesados³².

Bien se comprende que en su *Alarma segunda* dedicada “a las tropas españolas”, *Batilo* cantara a los “gloriosos hijos de Bailén”, considerando a los enemigos franceses como “bandidos”, y al emperador como al “tirano”³³.

Momento aquél, con la suerte decidida a favor de una u otra causa, en la que Cabarrús le escribió a Jovellanos y le dijo claramente que “[...] Usted comprenderá que en estas circunstancias no cabe pensar en acomodos”, aun cuando siente que “nuestra infeliz península va a ser el teatro de una guerra cruel y de cuantos excesos la acompañan”. Palabras similares a las que, al final de aquella tragedia, dirá el mismo Meléndez al ministro Azanza que, como Cabarrús y el poeta, también se adhirió a la causa josefina³⁴.

Decidido, sin embargo, al final, por la causa de José, que será la misma seguida (con todas sus consecuencias) por el poeta Meléndez Valdés a di-

³¹ Tesesa Cabarrús, la hija del ministro, había intimado hacía años con los hermanos Bornaparte. Famosísima en los días de la Revolución, fue llamada “Nuestra Señora de Thermidor”, cuando mantuvo escandalosa relaciones con el director Barras o el ministro Talleyrand aparte de sus sucesivos maridos. En su casa de los Campos Eliseos, frecuentada por los Bonaparte, coincidieron especuladores, proveedores del ejército, banqueros, diputados, ministros, generales y hombres de letras, con el consiguiente odio de los “Cabarruses y Tallienes” a quienes no eran de su cuerda. Allí en aquel medio, se incrementó el conocimiento, aquella amistad.

³² Cfr. MORENO ALONSO, Manuel: *La batalla de Bailén. El nacimiento de una nación*, Madrid, Sílex, 2008, 443. Capmany, por ejemplo, propuso la expulsión de la Academia de cuantos habían colaborado con la Constitución de Bayona, entre ellos Conde, Llorente, González Arnao y Ranz Romanillos.

³³ OC, 373-374. “No esperéis, no, que él deponga/ sus odios: las negras almas/ no vuelven atrás del crimen/ y como empiezan acaban”, dice en referencia al tirano.

³⁴ OC, 1223. Meléndez a Azanza: “Esperemos, esperemos, y volvamos a esperar que las tempestades pasan al cabo, por recias y violentas que sean, y la serenidad y el claro sol vuelven a tomar su debido lugar” (Montpellier, 24 de septiembre de 1814).

ferencia de Jovellanos, el ministro Cabarrús definió ante éste lo que aquello significaba: “Yo me hallo embarcado –terminaba diciéndole a Jovellanos–, sin haberlo solicitado, en este sistema, que he creído y creo aún la única tabla de la nación; le seré fiel y Dios sabe a dónde iremos a parar y qué será de nosotros; pero no habiendo cometido una injusticia, ni hecho derramar una lágrima, y preparándome a enjugar muchas, nada tendré que reprocharme y me resignaré con la suerte”³⁵.

Aparte de estos nombres, entre otros que verdaderamente fueron hombres de confianza del rey, éste quiso atraerse a su servidumbre cortesana a un grupo de nobles españoles entre los que se encontraban, entre otros, los duque del Infantado, Híjar, Fernán Núñez, Santa Cruz, Sotomayor o Frías, algunos de los cuales conocían y apreciaban a Meléndez Valdés, el entrañable y bien conocido y admirado *Batilo*, nombre poético que aquel tomó de Anacreonte por influencia de Cadalso³⁶. Con toda seguridad, éste había tenido relación con el de Híjar muchos años antes, cuando recorrió Aragón en 1790 y se cantaron trozos de ópera en el palacio del duque con gran éxito³⁷.

Bien particular es el caso del duque de Frías, Diego Fernández de Velasco, antiguo chambelán de Carlos IV y embajador en Portugal y en Francia, que fue el único de todos los grandes de Bayona que estuvo constantemente en el palacio desde el principio. Éste fue uno de los grandes que en los primeros momentos de la nueva corte fernandina participaron de la idea de “el tan ansiado casamiento de Fernando con una princesa de la sangre imperial de Francia”, razón por la cual fue al encuentro de Murat, gran duque de Berg “para obsequiarle y servirle”, saliendo en busca del “deseado” Napoleón juntamente con el duque del Parque, el de Medinaceli y el conde de Fernán Núñez³⁸. Pero aunque nada se sepa de su relación cortesana con *Batilo*, la verdad es que fue el duque de Frías quien, muchos años después, participó en la exhumación del cadáver del poeta en Montpellier, juntamente con el poeta Juan Nicasio Gallego³⁹.

³⁵ JOVELLANOS: *Obras Completas. Correspondencia*, Oviedo, Instituto Feijoo, 1988, IV, 558.

³⁶ FERNÁNDEZ CABEZÓN, Rosalía: “Las poesías de Meléndez Valdés dedicadas a Jovellanos”, en VV.AA., *Juan Meléndez Valdés y su tiempo*, 202.

³⁷ DEMERSON: *Meléndez Valdés*, I, 243.

³⁸ TORENO: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Pamplona, Urgoiti, 2008, p. 57.

³⁹ DEMERSON: *Meléndez Valdés*, II, 122. También Antonio ASTORGANO: *Don Juan Meléndez Valdés. El Ilustrado*, Badajoz, Diputación, 2007, 577.

Más se sabe, sin embargo, de las relaciones de *Batilo* con el viejo y respetable conde de Campo Alange, quien, con el de Frías, asistió al acto público de la proclamación del rey José. Nombrado por éste Gran Canciller de la Orden Real de España, él sería quien se la concedería a Meléndez el 23 de diciembre de 1809. A lo que respondió en la misma fecha el propio *Batilo* con la firma del juramento de la Orden, con el ruego de transmitir al rey “los sentimientos de mi gratitud, fidelidad y sincero amor a su Augusta Real persona”⁴⁰. El poeta lo conocía de antiguo. En la lejana fecha de 1790, durante su estancia aragonesa, el poeta, que había adquirido “un dinamismo y protagonismo no conocidos anteriormente” en los nueve meses que llevaba como socio de la Económica, según el decir de Astorgano, se precipitó *motu proprio* a felicitar al conde de Campo Alange, por su ascenso a la Secretaría y Ministerio de Guerra⁴¹.

Una realidad natural que producía todo tipo de cábalas era saber quiénes eran los hombres del rey o se hallaban más próximos en la nueva corte, “en la tierra de Dios”, en palabras de Moratín⁴². Pues en los mentideros de la Villa no tardaba en saberse quién era quién en la Corte del Intruso, independientemente de los beneficiarios de las “berenjenas”. Los mismos patriotas estaban al tanto de los cambios introducidos por el Intruso, en una corte que imaginaban en estado continuo de “funciones opíparas”, con brindis continuos “a la prosperidad de José I”⁴³.

Un personaje que fue ganando cada vez más terreno entre los hombres más próximos al rey fue el marqués de Almenara, José Martínez de Hervás, dueño de una casa de banca en París y muy bien relacionado con personajes del entorno de los Bonaparte desde años atrás, lo mismo que su padre. Era yerno del general Duroc, artífice del tratado de Fontainebleau y muy próximo a los asuntos de España. El embajador francés se dio cuenta pronto de su ascendiente sobre el rey desde que llegó a España. Amigo a su vez de los

⁴⁰ APO [Archivo Palacio de Oriente], Papeles Reservados, VII, f.627 y 628. Cfr. Demerson I, 539. También OC, 1372 (Madrid, 23 diciembre 1809).

⁴¹ ASTORGANO: *D. Juan Meléndez*, 377. Según el razonamiento, muy acertado de éste, en 1790, como el giro conservador de la política de Floridablanca estaba eliminando de la vida pública a los elementos más liberales como Jovellanos y Cabarrús, la Sociedad Aragonesa y Meléndez querían manifestar otras adhesiones “para no ver comprometidos los proyectos futuros y su carrera de magistrado”.

⁴² MORATÍN: *Epistolario*, 270.

⁴³ BL [British Library], 9180.c.10. *Papel curioso. Régimen de los franceses en España. Detallado por un oficial recién llegado de Madrid a sus compañeros. O pintura de los sujetos que están a la cabeza de los negocios en el nuevo reyno imaginario del títere de comedia, y rey en ciernes Pepe Botella*, reimpreso en Casa de Arizpe, México, 1809, 10 pp.

consejeros extranjeros favoritos del rey, los condes de Mélito y San Anastasio, Miot y Ferri-Pisani, respectivamente, tuvo una gran influencia sobre José, que le encarga misiones difíciles, como poner coto a los excesos de los militares o salvaguardar el poder civil. Más tarde será ministro⁴⁴. Almenara será quien firma el *imprimatur* de la “Oda a José I” de *Batilo* escrita más tarde⁴⁵.

Independientemente del caso de Juan Meléndez Valdés, la república española de las letras acogió con esperanza la monarquía josefina. Sus partidarios no eran muchos, pero constituían la élite: buena parte del aparato burocrático ilustrado –funcionarios y amplio sector del alto clero- y la minoría ilustrada. Precedentes en su mayor parte de la clase media urbana, intentaron convertir al Estado en principal factor de su propia reforma ante el vacío de legitimidad nacional de que fueron rodeados. Los hombres más preclaros de la intelectualidad de la época acogieron la nueva dinastía con manifiesta ilusión⁴⁶. Creyeron que con el cambio de ésta, y con los aires de reforma bonapartista exitosos en toda Europa, sería posible por fin la modernización que la nación necesitaba.

A todos ellos les sería común, diría con el tiempo Mesonero Romanos, los “sentimientos de liberalismo y de progreso”. Por todos estos motivos, la monarquía de José Bonaparte, acogida positivamente por tantos poetas y catedráticos, constituyó una auténtica “república de los intelectuales”. Precedida por el nombre de Meléndez Valdés, la lista proporcionada por Mesonero contiene por este orden los siguientes nombres: Meléndez, Cambroner, Moratín, Salas, Hervás, Viegas, Silvela, García Suelto, Marchena, Burgos, Melón, Amorós, Badía y Leblich, Centeno, Hermosilla, Lista, Muriel, Miñano, Estala y Llorente⁴⁷.

Con el nombramiento de José Bonaparte como rey de España, con la aceptación como tal de los monarcas españoles Carlos IV y Fernando VII, muchos de los mejores escritores españoles se pusieron de su parte. Entre ellos, no pocos de los “mejores prosistas” (Martínez Marina, Conde, Llorente, Estala, Sempere o Clemencín) o los “mejores poetas” (Meléndez, Moratín o Burgos,

⁴⁴ AHN, *Estado*, leg. 3437. En 1821, Hervás publicó, *El Marqués de Almenara a su defensor y a sus jueces. En la causa intentada contra él por el agente de la Hacienda pública en 1813*, Madrid, 40 pp.

⁴⁵ Demerson comenta: “en su forma impresa, la oda no nos revela ningún secreto, si no es que, al ser editada por la Imprenta Real, se debió de componer a petición o al menos con el beneplácito del Consejo de Ministros, según atestigua el *imprimatur* expedido por el marqués de Almenara” (I,532).

⁴⁶ MÉNDEZ BEJARANO, Mario: “La intelectualidad”, en *Historia política de los afrancesados*, Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1912, 69-89.

⁴⁷ MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Memorias de un setentón*, ed. BAE, V, 34.

con el tiempo traductor de las *Poesías* de Horacio), según la consideración muchos años después del patriota Antonio Alcalá Galiano⁴⁸. Sin embargo, de todos ellos –excluidos los “mejores” prosistas y poetas que abrazaron la causa patriótica desde Jovellanos a Quintana– ninguno de ellos tenía la fama, la celebridad y las condiciones de Meléndez para ocupar un puesto relevante en la Corte josefina.

En un ensayo de divulgación que se publicó en la Francia napoleónica sobre la situación de las letras españolas, en el que se señalaba que la *instrucción* era escasa y se concentraba en torno a unas cuantas figuras, se elogiaba de forma especial la de Meléndez. Un libro éste que lo que se proponía fundamentalmente era hacer familiar a los franceses la lengua española⁴⁹.

Su nombre alcanzó aun más popularidad cuando dos años después, en un momento especialmente difícil para las ambiciones napoleónicas, se publicó con el título de *Histoire de la littérature espagnole* la *Historia de la poesía y elocuencia* de Federico Bouterwek de años atrás, en la que había un apartado dedicado a Meléndez⁵⁰. Si bien será el propio poeta el que lleve la cuenta de las menciones de su obra en el *Mercurie étranger, ou Annales de la littérature étrangère* en 1810 o en la *Historia de la literatura del Mediodía de Europa* de Monsieur Sismondi, en 1813⁵¹.

Sobre la valía intelectual de aquella élite, que acogió favorablemente al rey José, no existe la menor duda. Fue reconocida en la época⁵². Por más que aquella gente siguiera estando “tan mal juzgada por la mayor parte de los escritores contemporáneos”, como dijo muchos años después Eugenio de Ochoa en sus *Apuntes de una biblioteca de escritores españoles contemporáneos*, publicada en París en 1840, en el espacio dedicado a su padre, el afrancesado Sebastián Miñano⁵³. *Apuntes* en los que hijo del afrancesado no desaprovecha la oportunidad de citar la alta consideración que un personaje tan importante de las Letras y de la política como Martínez de la Rosa –antiguo patriota y ex

⁴⁸ Antonio ALCALÁ GALIANO, *Literatura española del siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1969, 102 y ss.

⁴⁹ *Essai sur la Littérature espagnole*, Paris, L’Imprimerie Bibliographique, chez Charles Barrois, 1810, 140.

⁵⁰ BOUTERWEK, Federico: *Histoire de la littérature espagnole*, Paris, 1812, II, 241-245. El libro había sido publicado en Göttinga, en alemán, en 1804 (*Geschichte der Poesie und Beredsamkeit seit dem ende des breizehnten Jahrhunderts*. Dritter Band, Gottinga, 1804).

⁵¹ Prólogo de Nîmes, en *Poetas líricos del siglo XVIII*, BAE, LXIII, 21.

⁵² Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, François LOPEZ, Inmaculada URZAINQUI: *La República de las Letras en la España del siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1995.

⁵³ Cfr. MORENO ALONSO, Manuel: *La generación española de 1808*, Madrid, Alianza, 1989.

primer ministro del Gobierno liberal- sentía hacía Meléndez, “una deferencia que hace tanto honor a su carácter como a su gusto delicado”⁵⁴.

Realizada en alguna medida a gusto de los intelectuales, la monarquía de José Bonaparte acabó frustrando al final a muchos de sus simpatizantes. Fue el caso, dramático y desgarrado de *Batilo*. Fue también el caso de Alberto Lista que, cuando finalmente tuvo que refugiarse en Francia, le escribió decepcionado a Reinoso –defensor de la causa de los afrancesados en un libro maldito durante generaciones⁵⁵- diciéndole: “Yo estoy quizás más ignorante que tú en cuanto a hechos políticos, porque desde que entré en Francia y conocí mi error, no he vuelto a leer una sola gaceta ni a mezclarme en conversaciones ni materias políticas. ¿Quieres saber cuál era mi error? Éste: haber creído que la revolución de Francia había dado a esta nación un carácter. Me engañé, amigo. Son los franceses de Brenno, de Francisco I y de Luis XIV”⁵⁶.

Mientras Reinoso, por su parte, se preguntaba en defensa de sus amigos que habían optado por José: “¿Qué numen fatal preside a las letras en España? Apenas tuvimos un literato que no fuese atormentado en el siglo del saber; el libro que nos ha dado más gloria se escribió en una cárcel; Jovellanos vivió y acaba de morir perseguido; Moratín y Meléndez fenecerán sus días en la amargura y proscripción”⁵⁷.

No obstante lo cual, lo mismo Meléndez que sus admiradores, los poetas sevillanos, siguieron creyendo en la importancia de las letras para cambiar la sociedad. Dos años después de terminar la guerra napoleónica, el mismo Reinoso dio un discurso inaugural en la Real Sociedad Patriótica de Sevilla con el título de *Sobre la influencia de las bellas letras en la mejora del entendimiento y rectificación de las pasiones*, donde, entre largas citas de Condillac, de Beccaria o de Bentham, aducía como único ejemplo español una oda de Meléndez, para ilustrar la variedad de sensaciones que puede producir la poesía⁵⁸.

⁵⁴ OCHOA, Eugenio de: *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos en prosa y verso*, Paris, Baudry, Librería Europea, 1840, II, 339.

⁵⁵ Félix José REINOSO, *Examen de los delitos de infidelidad a la Patria*. Edición de Manuel Moreno Alonso. Sevilla, Ed. Alfar, 2009.

⁵⁶ JURETSCHKE, Hans: *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, Madrid, CSIC, 1951, p. 515. [Auch, 27 de marzo de 1816].

⁵⁷ REINOSO, Félix José: *Examen de los delitos de infidelidad a la Patria*, cit., p. 360.

⁵⁸ Cfr. GARRIDO PALAZÓN, Manuel: “La consagración temprana de Juan Meléndez Valdés”, en *Juan Meléndez Valdés y su tiempo*, cit. 96.

La adhesión final de Meléndez a la causa de José Bonaparte fue un hecho importante en la República de las letras españolas por contribuir a su vez a prestigiar aquélla. Pues *Batilo* era en la consideración de todos muy superior a la “turba de poetas” o a la mayor parte de los escritores “equivocistas, chocarreros, tabernarios, de cascabel y tamboril”, para decirlo en palabras de Moratín. De la misma manera que tampoco tenía que ver nada, en palabras también de este último, con la “turba multa de los chorizos, los pedantes, los críticos de esquina, los autorcillos famélicos... que ocupaban una gran parte del patio y los extremos de las gradas”⁵⁹.

LA COMPLACENCIA DE *BATILO* CON EL PODER

Toda la biografía intelectual de Meléndez Valdés se halla determinada por su afán, que en algún momento parece hasta enfermizo, por el poder y por quienes lo ejercen. En la apología excesiva que le dedicó su amigo y admirador el poeta Quintana, ni siquiera por ello dejó de aludir a dos hechos fundamentales en torno a los cuales giró su vida antes y después de su compromiso bonapartista: “sus conexiones con las primeras clases de la sociedad, donde era altamente estimado y acogido” y “la ambición civil” que, en su caso, “sucedió a la ambición literaria”⁶⁰.

Una inclinación que se advierte en este “hombre célebre”, según el decir de Quintana, desde su infancia; a pesar de que durante mucho tiempo lo que se sabía de él en cuanto a sus años de formación fue muy impreciso en lo que respecta a su juventud. Sin embargo, gracias a los estudios de Demerson, primero, y de Astorgano después, nos encontramos lejos de explicarnos los primeros años del poeta de acuerdo con la clasificación de Quintana, según la cual sus padres eran “pertenecientes a familias nobles y bien acomodadas”. Lo cual explicaría la formación sin mayores dificultades de aquel “genio apacible y dócil [que] le hacía querer de cuantos le conocían”. Aspectos estos que han llevado a Astorgano a “fijar a la baja los rasgos de riqueza e ínfulas nobiliarias que tradicionalmente se le han atribuido a la familia Meléndez”⁶¹.

⁵⁹ *Epistolario* 86 y 127.

⁶⁰ QUINTANA: “Noticia histórica y literaria de Meléndez Valdés”, en *Obras*, Madrid, BAE, 1946, 109-121.

⁶¹ ASTORGANO ABAJO, Antonio: “Esteban Meléndez Valdés (1742-1777) y la formación de su hermano *Batilo* (1767-1777)”, en Jesús Cañas Murillo, Miguel Ángel Lama y José Roso Díaz (Eds.), *Juan Meléndez Valdés y su tiempo*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2005, 19. El propio Demerson admitió, equivocadamente, que los poderes del poeta pertenecían a

Un aspecto éste que explica mejor que cualquier otro la dependencia del futuro gran poeta hacia el poder y los hombres poderosos. Sobre la supuesta nobleza de la familia Meléndez queda demostrado que no lo era, ni siquiera en el peldaño más bajo de “infanzón”, por mucho que no le faltaran deseos de codearse con “lo más florido de la sociedad local”. Pues, en el fondo no dejaba de tratarse de una “familia plebeya”, deseosa, sin embargo, de relacionarse con nobles y figuras importantes, muy dentro de la forma de comportarse de familias de esa vocación natural en la Extremadura de su época.

Razón por la cual los dos hermanos Meléndez tuvieron un carácter “dominado por el rasgo de la humildad y sometimiento a la amistad” que, en el caso de Juan, se manifestó hasta el final de sus días. Con la particularidad, además, de que pronto los dos hermanos no volverán por Extremadura ni a residir en el campo. Pues, económicamente, la familia tenía tan poco que perder en su pueblo natal, Ribera, que los padres se trasladaron a Almendralejo. Lo que hizo que el hermano mayor, Esteban, prefiriera la seguridad del funcionario y las escasas rentas eclesiásticas a la aventura del ejercicio libre de la abogacía; y el pequeño, el futuro *Batilo*, prefiriera acogerse al patrocinio y protección de prestigiosas personalidades. Un aspecto éste, el de acogerse a la protección de poderosas amistades, que contribuyó a modelar el “blando espíritu del dulce Batilo”⁶².

Dentro de esta aproximación a personajes notables, Astorgano ha señalado cómo el obispo Alonso Marcos de Llanes –familiar de Campomanes y futuro arzobispo de Sevilla-, a quien Jovellanos escribió para recomendarlo, observó en el poeta el engrimiento intelectual y el orgullo juvenil, que daba cuenta de una indudable “vanidad” a pesar de su “sumisión para con los amigos”, que dice mucho de su debilidad de carácter. Lo que ha llevado al estudio indicado a preguntarse sobre la sinceridad de sus primeros poemas, presente ya en los relacionados con la muerte de su hermano (en las 28 veces en que aparece el pronombre personal de primera persona “yo” en los primeros poemas). Lo mismo que podría decirse después de muchos de los versos escritos y dirigidos a personalidades relevantes de la política española antes y después

“familias nobles y bien acomodadas” (*Meléndez Valdés*, I, 27).

⁶² Mientras Demerson dio bastante importancia afectiva y económica a la pérdida del padre en 1774, Astorgano ha demostrado que, desde 1767, los hermanos Meléndez no recibían ayuda económica de su padre sino más bien parece lo contrario, que Esteban ayudaba a los familiares de Ribera. A Juan le pasó algo parecido a su hermano Esteban, que prosperó en Segovia a la sombra del obispo Llanes en el trienio 1774-1777, mientras Jovellanos escribía a Llanes recomendando al poeta.

de su compromiso con la causa josefina. Todo lo cual confirma “la anarquía de ideas” que se refleja en sus elegías.

Paradójicamente, como ya señaló Demerson en el caso de *Batilo*, éste a pesar de sus cualidades y del apoyo del poder, tuvo en contra a la suerte, que decidió de otra forma a sus deseos. Pues cuando ésta parecía favorecer los proyectos del poeta, el destino se burló de él, impidiéndole obtener los grandes cargos que pretendía de Regente de la Cancillería, consejero de Castilla o de ministro. Pues, al final, “los cargos que ocupa, los honores que se le conceden, son despreciados, irrisorios”⁶³. Todo ello muy a su pesar, porque el poeta se sentía atraído por la magnitud y magnificencia del poder.

En los primeros momentos el propio *Batilo* llegó a escribir que, intelectualmente, todo se lo debía a Cadalso: “Sin él yo no sería hoy nada... El me cogió en el segundo año de mis estudios, me abrió los ojos, me enseñó, me inspiró este noble entusiasmo de la amistad y de lo bueno, me formó el juicio, hizo conmigo todos los oficios que un buen padre con su hijo más querido”⁶⁴. Seguidamente, tan importante como la de Cadalso fue la influencia de Jovellanos, incluso antes de encontrarse los dos en 1781, según el decir de Quintana.

Independientemente de ello, la devoción por los ambientes cortesanos, en donde los hombres de letras tenían una gran aceptación, fue una de las mayores debilidades de *Batilo*. Según el testimonio de Quintana, después de pasar el invierno en los ejercicios de la Universidad y de su Cátedra, solía “venir a gozar en el verano de las delicias de la Corte, a mostrar a sus amigos sus nuevos trabajos, a recibir sus consejos y a disfrutar del cariño y aprecio que en todas partes se le tributaba”.

Por otra parte, por sus inclinaciones intelectuales, su formación y por su carácter, el poeta era un hombre especialmente bien dotado para brillar en los círculos cortesanos. Después, su paso a la Magistratura lo convirtió en un hombre con mayor poder y mejores títulos para cautivar a sus amigos, que ya no eran los simples poetas o profesores. Él mismo hablará de “la ilustre y austera carrera de la Magistratura” así como de “la severidad de su nuevo ministerio”.

No deja de ser revelador que desde 1776 ó 1777 Meléndez estaba en relación con la Sociedad Económica del País Vasco, para la cual preparó en enero

⁶³ G. DEMERSON: *Meléndez Valdés*, I, 15.

⁶⁴ Carta de Meléndez a Salvador de Mena, Salamanca, 16 de marzo de 1782. Cit. en Valmar, *Historia de la poesía castellana del siglo XVIII*, I, 322. Cfr. DEMERSON: *Don Juan Meléndez Valdés*, I, 66.

de 1778 una defensa del lujo⁶⁵. Y con el tiempo, el “dulce” poeta se aparta de sus odas anacreónticas y de sus idilios para convertirse en un poeta “comprometido”; esforzándose por pesar sobre la marcha de su país y de su tiempo en sus epístolas. La primera de las cuales dedicará al Príncipe de la Paz, “exhortando a su excelencia a que en la paz continúe su protección a las ciencias y a las artes”. Epístola en la que, de alguna manera, reconoce la existencia de “un delicado acento cortesano”.

En su encendido elogio del poeta muerto, Quintana hablará de las “enérgicas y nobles lecciones que daba a las autoridades”. Una observación que, por su parte, matiza Demerson: “El término es un poco inexacto. Meléndez da lecciones sólo muy raramente, pero señala las inmensas tareas que esperan al poder”⁶⁶.

En cuanto a éste, desde luego, es difícil encontrar alguien que se mueva con tal tesón a la hora de movilizar a sus amigos poderosos para ascender en su carrera. En la red amplia de sus amistades, se vale de las recomendaciones de unos para conseguir influencias de otros. El caso, por ejemplo, del obispo Tavira, que es uno de los valedores del novel poeta en los círculos políticos madrileños, en especial, ante el ministro de Gracia y Justicia, el aragonés Manuel de Roda Arrieta (1708-1782), cuyo sobrino, el canónigo zaragozano, Manuel de Lorieri, será uno de sus amigos, y a quien le dedicará la oda XIV⁶⁷.

Sus relaciones con Godoy son especialmente reveladoras. Él mismo fue personalmente a ofrecerle la nueva edición impresa en Valladolid de sus poesías. Su finalidad era evidente. Como ya señaló Demerson, el poeta esperaba sacar “alguna ventaja para su carrera”, razón por la cual escribió la “lisonjera” dedicatoria que abría el primer volumen⁶⁸. Al mismo tiempo que, por otra parte, Jovellanos recomendaba su amigo al favorito: “Carta a Meléndez; algo le indico de mi carta al Ministro de Estado”⁶⁹.

⁶⁵ Carta a Jovellanos, Salamanca, 16 de enero de 1778 (BAE, t. LXIII, p. 78). Cit. en Dermerson, I, 280.

⁶⁶ DEMERSON: *Meléndez*, I, 333.

⁶⁷ ASTORGANO: *Don Juan Meléndez*, 337. Lorieri, por su parte, escribió una “hermosa” canción en elogio de *Batilo*, en la que le llamó con lisonja *restaurador de la poesía española* (OC, 1381).

⁶⁸ DEMERSON: “Meléndez Valdés. Quelques documents pour compléter sa biographie”, *Bull. Hisp.*, t. LV, 1953, pp. 269-270. También, *Meléndez Valdés*, I, 334.

⁶⁹ BAE, t. LXXXV, p. 423. Previamente, Jovellanos había escrito al gobernador del Consejo, recomendándole a su amigo, que postulaba el cargo de procurador del Tribunal de Madrid, la “Fiscalía de Corte” (*Diarios*, t. LXXXV, p. 326, 23 de septiembre de 1796). Como un año después la fiscalía fue a parar a Forner debido a un *Canto a la Paz*, fue cuando en ese momento

En esta dedicatoria y en su visita, Meléndez puso todo su empeño. Y como el valido no se decidía a otorgarle esta promoción que esperaba desde largo tiempo, estuvo seriamente preocupado. Hasta el punto de que desde hacía casi tres años, desde finales de 1794, se hallaba “al acecho”, en opinión de Demerson: “En el día no hay las vacantes que Vm. decía; estaré con la mayor vigilancia para avisar las que ocurran, a cuyo fin me valdré de los amigos”, le escribió Bernardo González Álvarez, su administrador, que, por otra parte, presionaba desde años antes sobre el marqués de Roda, tan poderosos en la Corte en aquellos años, para conseguirle ventajas, dado que éste le había prometido apoyarle y a quien el poeta había dejado una carta⁷⁰. Dada la probada influencia de aquél, y los dineros del administrador –en cuyas cuentas se comprueba que entre 1799 y 1803 el poeta se gastó la alta suma de 8.000 reales en libros y regalos de libros- no sería descaminado pensar que el dulce *Batilo* hizo cuanto pudo por conseguir sus objetivos por medios que fueran más allá de los favores de “la amistad”⁷¹.

Desde luego, su amistad con Jovellanos la utilizó para que éste, una y otra vez, lo recomendase a instancias superiores. De tal manera que cuando murió Forner, volvió a redactar una nueva carta de recomendación al Príncipe de la Paz, el 19 de abril de 1797⁷². Pero el interesado hace ya mucho tiempo que se encuentra en Madrid “para hacer intervenir a otros amigos influyentes”. El 6 de abril visitó a Moratín, y éste anotó: “A casa del Príncipe de la Paz; aquí *Batilo*, a comer”. Era evidente que Meléndez buscaba acercarse a gentes que podían hacerse oír por el Príncipe de la Paz, como Moratín, que frecuentaba asiduamente el palacio de su protector.

Sin embargo, como muy bien ha señalado Demerson, a pesar de sus presiones, “los dioses no eran propicios a *Batilo*: la maledicencia, la envidia, la calumnia, toda esta cábala que denuncia a Godoy, y que Meléndez sentía con-

Jovellanos aconsejó a su amigo que dedicara su edición al Príncipe de la Paz.

⁷⁰ Dado que Manuel de Roda y Arrieta, póstumo marqués de Roda –alumno pobre o “manteísta” y más tarde enemigo acérrimo de los jesuitas- murió en 1782, debe referirse a su sobrino político, Miguel Joaquín Lorieri, a quien fue a parar el título póstumo de marqués. Su magnífica biblioteca –que conocería Meléndez- se conserva en el Real Seminario de San Carlos Borromeo de Zaragoza.

⁷¹ DEMERSON, I, 312, 334 y 394. Más adelante, en 1802, fue Bernardo González quien prestó al poeta más de 60.000 reales para comprar una finca, aprovechándose de la desamortización ordenada por Godoy. La finca pertenecía a la cofradía de Ánimas de la villa de Villaflores.

⁷² El 23 de marzo de 1797, Jovellanos anotó en su Diario: “Murió D. Juan Pablo Forner, tan desamado en el foro como en el Parnaso... Corre que le sucederá Meléndez, y tan manchada queda su silla, que no lo deseo”. Cit. en DEMERSON, I, 335.

fusamente intrigar a su alrededor, parecen triunfar”, por más que, no por ello, se diera por vencido y siguiera con su “voluntad de combatir, de proseguir la lucha”.

El biógrafo francés del poeta ha explicado muy bien esta obsesión de Meléndez por los poderosos y la Corte: “El poeta se obstina. En numerosas ocasiones, hacia el final de junio [1797], va a Aranjuez, asediando al favorito, buscando justificarse de las acusaciones calumniosas que algunos propagaban en contra suya”. La obsesión llegó a tal grado que el mismo Jovellanos, informado por sus amigos madrileños, “y que continúa haciendo de mentor del poeta, le aconseja que se vuelva corriendo a Valladolid... y que huya de la Corte a gozar de su buena reputación en el retiro de Valladolid”. Sin embargo, la obsesión le llevará a escribir la epístola XI a Godoy sobre la *Calumnia* en 1797. Y “obstinado contra viento y marea” permanece en Madrid, presionando a Godoy hasta al final ganar la causa, pues el 3 de octubre, por fin, se le nombra Fiscal de la Sala de Casa y Corte⁷³.

Hasta el año 1797, finalmente, Meléndez no “se sintió colmado de satisfacciones”: la publicación de sus obras consolidaba su gloria literaria al mismo tiempo que la protección del favorito se traducía en apreciables ventajas para su carrera. El nuevo cargo le permitía residir en Madrid donde las posibilidades de relacionarse con personalidades influyentes y con la corte era mucho mayor.

A partir de ese mismo año contará con la gran ventaja de que su gran amigo Jovellanos, *Jovino*, va a ser nombrado ministro de Gracia y Justicia. Al enterarse de la noticia, va a su encuentro, y se reúne con él en La Robla, el 17 de noviembre de 1797, y dos días después, a las doce y media de la noche, es recibido por el fiscal en su casa de Valladolid. A pesar de lo avanzado de la noche y del frío (“viento noroeste, fríísimo; noche molestísima”, consigna Jovellanos en sus diarios), María Andrea, la mujer de Meléndez, ofrece a los invitados una esmerada cena. Allí se encuentran Temes, Pereira, Ugena, los fieles de Batilo; Bolaños, Velarde y Floranes, quien le presenta un manuscrito de Horacio. En verdad, se festeja al mismo tiempo al nuevo fiscal y al nuevo ministro, y entre los brindis, según Demerson, la dueña de la casa, “ambiciosa

⁷³ DEMERSON, I, 336-337. En sus Memorias, escritas muchos años después, Godoy se atribuirá el mérito del nombramiento de Meléndez, aunque confunde las fechas: “Yo, sin embargo, generoso y resuelto otro tanto, como era joven. Abracé a Meléndez, le hice venir, y del Rey le alcancé el nombramiento de fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte”. Según Demerson, el nombramiento, por tanto, no se debió a Jovellanos como se había sostenido con anterioridad.

esposa sueña con el ministerio, al que no dejarán de llamar algún día a su *Monsiurito*, y sonrío: “María Andrea, tan contenta”, anota Jovellanos.

De nuevo en la corte, el poeta participa en varias tertulias organizadas por grandes damas de la nobleza como la de la duquesa de Alba, para la que compuso el romance “Los días de Silvia. A la Excma. Sra. Duquesa de Alba” (1796)⁷⁴, o la de Josefa Alonso-Pimentel, condesa-duquesa de Benavente, en la finca El Capricho, que años antes esperaba con impaciencia en Barcelona el “librito de las poesías inéditas de Meléndez”⁷⁵. Si bien, mayor interés tuvo para él la que se celebraba en el palacio de la condesa de Montijo, Francisca de Sales Portocarrero, que agrupaba a intelectuales y literatos, de ideario jansenista y regalista, en la que Meléndez coincide con algunos de sus amigos: Jovellanos, Llaguno y Amírola, Urquijo, Fernández de Navarrete. En su casa, Meléndez fue asiduo junto con Joaquín Lorenzo Villanueva, Félix Amat, Tavira y varios canónigos de San Isidro⁷⁶. A la duquesa dedicará algunas de sus odas anacreónticas⁷⁷. Lejos de dedicarse a la poesía y a la “república de las letras”, como le gusta decir —“la república de las letras debe de serlo de hermanos”—, el poeta reconoce en la advertencia impresa al frente de la edición de Valladolid (1797) que su carrera ha sido “negociosa y de continua acción”, lo que le ha impedido dedicarse a los estudios “de sus delicias”⁷⁸.

Es entonces cuando *Batilo* compone la epístola VIII, *Al excelentísimo Don Gaspar Melchor de Jovellanos, en su feliz elevación al Ministerio Universal de Gracia y Justicia*, en la que expone todo el agradecimiento que siente hacia el “dulce amigo, mitad del alma mía”. Y como en otro poema hizo con “*D. Eugenio Llaguno y Amírola, mi amigo, en su elección al Consejo de Estado*”⁷⁹, traza al recién elegido todo un programa de reformas; restaurar la justicia, proteger a los campesinos, avivar la enseñanza. El ministro no tendrá que dejarse abatir por los “monstruos” que están agazapados en la sombra, empezando por la “impía calumnia”, acompañada de la envidia, la sospecha y la

⁷⁴ OC, 304. La duquesa era la célebre Pilar Teresa Cayetana de Silva y Silva. Su marido, José Álvarez de Toledo, duque de Alba, marqués de Villafranca, fallecido el 9 de junio de 1796, aún vivía cuando se escribió el poema.

⁷⁵ DEMERSON, I, 228.

⁷⁶ MORENO ALONSO, M.: *El clero afrancesado en España. Los obispos, curas y frailes de José Bonaparte*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, 359.

⁷⁷ OC, 1381-1382.

⁷⁸ BAE, LXIII, 88.

⁷⁹ Publicada por vez primera por A. RODRÍGUEZ MOÑINO: *Poesías inéditas*, Madrid, Clásicos Españoles, 1954, p. 218.

ingratitude. Género en el que el poeta había adquirido gran destreza porque ya en 1795 había dedicado una Oda en honor de D. Felipe Ribero Valdés, también “mi amigo, en su promoción al Consejo de Castilla”.

Batilo mide muy bien la importancia de los personajes para dedicar sus versos. Que es lo que ocurre con la Oda a Llaguno, quien, alejado ahora del ministerio, no merece en opinión del poeta una larga epístola como la que le había dedicado tres años antes. Según Demerson, a título de consuelo, le dirige una oda de cuarenta y ocho versos, “que de hecho no es sino un ‘inventido’ rápidamente arreglado, destinado primitivamente a otro magistrado”. Sin embargo, cuando fue elegido ministro le dedicó la epístola III, cuando lo ve “en la cima del poder, al lado del trono”. Lo que lleva a cantarlo como “cortesano, filósofo, ministro”.

El tiempo que Jovellanos fue ministro, Meléndez extremó sus contactos con él. Según su primer biógrafo, Fernández Navarrete, cuya *Noticia* inédita del poeta está a punto de publicarse, “después de haber trabajado toda la mañana iba a las dos y media a saludar a su tierno y fino amigo el Sr. Jovellanos, volvía a su casa, comía, reposaba media hora, se retiraba a leer, despachar y trabajar en su estudio, volvía por la noche otra vez a ver al Sr. Jovellanos...”⁸⁰.

Todo cambió, sin embargo, con el posterior destierro del “poeta-filósofo” entre 1798 y 1808 en las tierras de Medina del Campo, Zamora y Salamanca, que impidió la posibilidad de que *Batilo* se convirtiera en un poeta típicamente cortesano, próximo al palacio de Godoy o al de los reyes. Al final las odas que de forma tan interesada había dedicado a personalidades notables, ejercieron un efecto contraproducente. Como fue el caso de su oda sobre el *Fanatismo* o las mismas epístolas a Godoy y a Jovellanos (Según Demerson, su oda XI, sobre la *Calumnia*, aunque no figuraba en la edición de 1797, pudo ser leída y con ello los versos dirigidos a Godoy). Oda ésta en la que canta a su amigo Cabarrús, quien “apartado de los hombres, gime, en Batres, y el noble fuego siente apagarse de su excelsa mente”⁸¹.

En la cima de su poder, no dudará en escribir a Godoy poco antes de 1801 con el encabezamiento a “mi más venerado paisano”, para testificarle su contento con las nuevas distinciones con que el rey acaba de honrarle. “Distin-

⁸⁰ Por fin, la famosa e inédita biografía de Navarrete, “Noticias de la vida y obra de Meléndez”, cuyo manuscrito original se encuentra en el Archivo del Palacio del Marqués de Legarda en Ábalos (La Rioja) la publica A. Astorgano en este núm. Extraordinario de 2017 de la *Revista de Estudios Extremeños (Homenaje a Meléndez)*.

⁸¹ *OC*, 695.

ciones –le dice- que deben envanecer a todo buen extremeño, y que a mí me han inspirado los adjuntos versos, los únicos ciertamente que he escrito en este desagradable país”⁸². En su honor redactó también una inscripción latina en la que le llama *delecto praeminenti perpetuoque*⁸³.

El monto, el poder y prestigio de las amistades del poeta debieron ser la envidia de amigos y enemigos. Su personalidad se adaptaba perfectamente a ello dado su carácter y encanto. Pues “no había persona que le viese una sola vez que no quedase prendida de su persona”. Pero durante todos aquellos años, sus amigos poderosos de antes –Jovellanos, Urquijo, Estanislao de Lugo o el conde de Pinar- habían sido arrancados de sus cargos. Y junto a ello aquellas personas próximas y tan celebradas: el obispo de Salamanca, Antonio Tavira; el obispo de Cuenca, Antonio Palafox; Javier Lizana o la condesa de Montijo⁸⁴.

Durante su destierro en Medina, el poeta seguirá siendo visitado por otro tipo de amigos menos importantes. Ya fuera las personas principales del pueblo o los poetas más jóvenes que le admiraban como Juan Nicasio Gallego, Manuel José Quintana o Cienfuegos. Los sueños de la Corte parecían haberse disipado para siempre.

Fue dos años antes de la guerra napoleónica, en el verano de 1806, cuando, encontrándose en Salamanca, el poeta José María Blanco White (1775-1841) conoció personalmente a Juan Meléndez Valdés, el poeta “más popular” de España. Sus “amigos escritores que me habían presentado en Madrid y que habían estudiado en la Universidad de Salamanca” –escribió- le dieron una carta de presentación para Meléndez, “cuya fama poética era tan grande como pequeña era su influencia en la Corte”.

Según Blanco, Meléndez “había llegado a ser nombrado Magistrado del Tribunal Supremo de Madrid principalmente a causa de la universal admiración que le habían granjeado sus composiciones poéticas. Pero él era en verdad hombre de amplios y variados saberes y capaz de desempeñar dignamente este cargo”. El Príncipe de la Paz –según el testimonio de la autobiografía de Blanco, “al comienzo de su favor ilimitado le había procurado no solamente este puesto, sino el mismo favor de la reina”. Pero cuando Blanco lo conoció, había caído en desgracia y había sido desterrado a Salamanca.

⁸² OC, 1220.

⁸³ OC, 1371.

⁸⁴ DEMERSON, Paula: *María Francisca de Sales Portocarrero (condesa de Montijo), una figura de la Ilustración*, Madrid, Editora Nacional, 1975.

Según el entonces joven poeta sevillano, por aquellas fechas asiduo en Madrid a la tertulia de Quintana, “lo encontré tal como me habían dicho, un hombre muy amable y afectuoso, de gran cultura y extraordinario buen gusto. Era el único español que he conocido que, habiendo dejado de creer en el catolicismo, no se había vuelto ateo, sino que era un devoto deísta”. (Blanco agregaba en una nota: “Creo sin embargo que la sombra de libertad de conciencia que ha existido en España a partir de la guerra de la Independencia ha cambiado el estado de las cosas, y que probablemente el ateísmo sistemático es ahora menos general”).

En su encuentro en Salamanca, Meléndez le presentó al obispo Antonio Tavira, “hombre inteligente y honrado que había sido sospechoso de jansenismo tiempo atrás a causa de sus ideas reformistas”. Sobre el obispo, que vivía en un Colegio Mayor, Meléndez le dijo que “hasta hacía un par de años el obispo había patrocinado unas selectas reuniones de seis u ocho personas, unas dos veces por semana hasta que el gobierno y la Inquisición mostraron sus habituales recelos por este tipo de comunicación entre hombres distinguidos por su talento y relaciones sociales, por lo que el obispo se vio en la necesidad de poner fin a las reuniones y vivir en soledad”.

Con Meléndez, Blanco visitó la Universidad, sintiendo no poco dolor al ver nada más que “cogullas blancas, negras y pardas”⁸⁵. Y en cuanto al anfitrión Meléndez señala que “es verdad que había sido bastante afortunado al evitar la prisión en un monasterio –tras su caída en desgracia y destierro en Salamanca por “el capricho de la Corte”- y los sufrimientos consiguientes, como había sido la triste suerte del jefe de su derrotado partido (Jovellanos), pero todavía era considerado sospechoso y vigilado de cerca”. Y en cuanto al resto de sus amigos, “la flor y nata de la Universidad –agrega Blanco- había vivido durante tres años en constante temor de su libertad personal y frecuentemente habían sido llamados ante el secreto tribunal para ser sometidos a los interrogatorios más capciosos sobre ellos mismos y sus amistades, pero sin que nunca se le comunicaran los cargos de la acusación”.

Años después, la salida de Blanco de Sevilla a finales de enero de 1810 –cuando el gobierno nacional de la Junta Central abandonó la ciudad con dirección a Cádiz ante la entrada inminente del ejército napoleónico-, evitó que el poeta sevillano tuviera ocasión nuevamente –entonces actuando él como anfitrión- de verlo cuando Meléndez, acompañando al rey José, pasó por Sevi-

⁸⁵ *Cartas de España*, III, 111. Cit. en M. MORENO ALONSO: *La obsesión de España*, 495.

lla, y encontró al poeta sevillano Alberto Lista, que también había abrazado la causa afrancesada como sus amigos Arjona, Marchena y Félix José Reinoso⁸⁶.

EL “COPLERO DEL REY JOSÉ” EN EL AVISPERO

Terminado el destierro de Meléndez tras los sucesos de Aranjuez el 17 y 18 de marzo de 1808, que provocaron la abdicación de Carlos IV con la consiguiente caída de Godoy y la ascensión al trono de Fernando VII, el poeta volvió a la Corte inmediatamente. Una de las primeras medidas del nuevo soberano fue atraerse a las personas importantes perseguidas por el antiguo gobierno del valido, caído ahora en desgracia y perseguido, entre ellas Jovellanos y Meléndez.

Desde Salamanca, como no podía ser de otra forma, el buen vate, con fecha de 2 de abril, expresó al monarca su agradecimiento, su fidelidad y su “ardiente amor”⁸⁷. Se abrió ante el poeta una nueva etapa que, probablemente, le hizo soñar. El rey lo llamaba para ocupar una de las Fiscalías del Consejo, con lo cual podía convertirse en el acusador de los personajes del gobierno anterior. La insistencia para que se trasladase a la capital por parte del duque del Infantado debió de agraderle sobremedera. Todo lo cual pone en entredicho la afirmación de su amigo Quintana, muchos años después (1820), de que “quiso volverse al retiro de su casa, y no pudo verificarlo”.

La composición de su primera *Alarma Española* –que según algunos dirigió al Conde del Montijo, principal protagonista de los sucesos de Aranjuez y enemigo número uno de Godoy– da una idea de su interesada posición profernandina y de su oposición clara y nítida a la “perfidia” napoleónica que siguió al *Dos de Mayo*, del que su amigo Quintana le hizo mero testigo⁸⁸. Pero su

⁸⁶ Los miembros de la “Academia particular de Letras y Humanidades”, fundada en Sevilla en 1793 por Reinoso y sus amigos, sintieron una gran admiración por Meléndez. Tras la edición de las poesías de éste en Valladolid, Meléndez se convirtió para los poetas sevillanos (Reinoso, Lista, Blanco, Arjona) en “la máxima autoridad nacional en materia de poesía”, según Demerson (I, 345).

⁸⁷ AHN, Consejos, Libro de Acuerdos de la Sala de Alcaldes, núm. 1096 (1808). Cfr. Demerson, I, 412.

⁸⁸ Demerson, sagazmente, aclaró el destinatario de la composición que, según la edición de Leopoldo de Cueto en la BAE, se trataba de un romance dirigido por Meléndez “a un amigo suyo”, que no podía ser otro que el Conde del Montijo. Para lo cual se basa en la obra de

papel y su comportamiento en aquella fecha trágica fue mucho más allá, como ha señalado claramente Demerson: “Meléndez fue mucho más que un simple espectador. Por su poema fue, como el mismo Quintana (autor de la explosiva Oda *A España, después de la Revolución de Marzo*), “uno de los iniciadores del levantamiento”, puesto que unos días antes de la fecha indicada, “en los últimos días del mes de abril”, incitaba a sus compatriotas a tomar las armas contra Napoleón⁸⁹.

Sin embargo, los acontecimientos inmediatos posteriores bien conocidos, en que el fiscal fue tomado por un enviado de Murat para resolver los asuntos de Asturias, pusieron al dulce y acomodaticio *Batilo* en el ojo del huracán. Cuando se amotinó el pueblo y éste empezó a gritar que venían a “hacer ejecuciones en los patriotas que tuvieron la principal parte en el levantamiento”. En esta misión, una vez más, el poeta, cuyo sitio debía estar en la Corte, fue víctima del destino, pues como señaló acertadamente el conde de Toreno, Meléndez era “más propio para cantar con acordada lira los triunfos de quien venciese que para acallar los ruidos populares”⁹⁰. Razón por la cual, sin quererlo, el nombre del poeta fue mancillado por los patriotas en aquella locura que se apoderó del país, y de la que el poeta sería víctima desde el principio hasta el fin.

No obstante, tras su regreso a Madrid, Meléndez como tantos de sus amigos, que en un primer momento eran partidarios de la causa “más razonable”, es decir la bonapartista, debió sentirse sobrecogido con la noticia del triunfo patriota de Bailén, que hizo que no pocos de sus amigos inseguros con su postura adoptaran la causa patriótica. La misma adhesión de Jovellanos a la causa patriótica, ocasionada también por el triunfo de Bailén, no dejó de sorprender a sus amigos cuando se unió a Floridablanca⁹¹. Sin embargo, ¿qué hizo Meléndez durante “estos días de alegría” de los que habla Demerson (sin achacarlos en ningún momento al “efecto Bailén”, que supuso la liberación de Madrid por los patriotas y el abandono de la capital por el Intruso)?

La respuesta a esta pregunta la contesta bien Demerson, que presenta al poeta “siempre esperando mejorar de posición, y deseoso también de contribuir por su parte a los grandes trabajos..., y aguardando en Madrid la formación del Gobierno Central”, en el que iba a estar su amigo Jovellanos. A lo

Colford, según el conocido folleto de Cambridge.

⁸⁹ Demerson, I, 417.

⁹⁰ TORENO: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, 104.

⁹¹ LA FOREST: *Correspondance*, I, 128.

que añade el biógrafo: “que Meléndez esperase un nuevo empleo, que hubiera representado un ascenso, no ofrece duda alguna”.

De momento, lo que se sabe a ciencia cierta, según señalaba la *Gazeta de Madrid* (martes 18 de octubre de 1808) fue que “el fiscal jubilado” Meléndez Valdés no prestó el juramento que el “gobierno intruso” exigió a los funcionarios de la Sala de Alcaldes de la Real Casa y Corte. Mientras que por el contrario, se había “apresurado” a prestar juramento a la Junta Central, según resultaba de “certificación adjunta”.

Es decir, que el ex fiscal juró solemnemente como sus antiguos colegas: “ser fiel a Fernando VII, mantener los fueros, leyes y costumbres de la Nación, defender el derecho de sucesión en la familia reinante y perseguir a los enemigos de la patria, aun a costa de su misma persona, de su salud y de sus bienes”. El hecho de que se incluyera a Meléndez, que se hallaba jubilado, entre quienes debían cumplimentar el juramento no deja de ser extraño. Y una vez más Demerson, con gran sagacidad, lo ha atribuido al deseo personal del magistrado, con su “deseo de atraer sobre sí las miradas, de recordar su existencia al gobierno que le dejaba vegetar en un retiro prematuro”⁹².

Es decir, una vez más, el poeta quería seguir figurando, siempre en un primer plano, como hombre dispuesto a servir a las nuevas autoridades patrióticas independientemente de las dificultades extraordinarias del momento. Por si ello fuera poco, la *Gazeta de Madrid* del martes 4 de octubre daba la noticia de la publicación de la “Alarma segunda a las tropas españolas, por D. Juan Meléndez Valdés”, de la que se decía que se vendía con la primera a real en las librerías de Castillo, frente a las gradas de San Felipe, y de Gómez, calle de las Carretas.

El contenido de ambas *Alarmas* –la primera dedicada al conde del Montijo y la segunda “a las tropas españolas”- tenía un fuerte carácter patriótico⁹³. Con la particularidad de que, si en la primera exhortaba a un levantamiento contra los franceses cuando aún no se había producido (terminaba diciendo lo que decía “un fiel valenciano”: “Al arma, al arma, decía, por nuestro buen rey Fernando”), en la segunda, apoyándose en la resistencia y en el éxito inicial de las tropas, animaba a la resistencia y a la lucha. Atacaba a los compatriotas que, en pleno triunfo, “han bajado la tajante espada” a la vez que enumeraba los crímenes del enemigo que... saquea, fuerza, asesina sin respeto a la edad

⁹² DEMERSON, I, 455.

⁹³ OC, 372-373.

ni al honor. Tras animar a seguir el ejemplo de los héroes de Zaragoza, los vencedores de Bailén y los defensores de Valencia, el poeta en primera persona decía: “Yo mismo animoso os sigo/ y opondré el pecho a las balas/partamos, que Dios nos guía”⁹⁴.

Según la biografía de su amigo Fernández de Navarrete –que también permaneció en Madrid aceptando de manera muy discreta a los ocupantes-Meléndez, a pesar de que estaba “muy comprometido” con la causa patriota por sus *Alarmas*, permaneció finalmente en Madrid. Hubiera querido huir con los patriotas, como hicieron Blanco o Quintana, pero al final permaneció en la capital. Según Navarrete, había tratado con el conde del Montijo y su hermana la condesa de Contamina, escapar con ellos e incluso tenía dos baúles de equipaje en su casa. Pero por unas u otras razones permaneció en Madrid: “recogió su equipaje, intentó salir con otros vecinos por la puerta de Segovia y tuvieron que retirarse por el fuego que hacían los franceses; y en vano volvió a repetir esta tentativa”⁹⁵.

De esta forma, tras la entrada de los franceses en Madrid a primeros de diciembre de 1808, el poeta no dudó en abrazar la causa napoleónica, dando por perdida la resistencia patriótica a la que había cantado pocos meses antes. Así, quien poco antes había prestado juramento de fidelidad a Fernando, el 23 de diciembre, algo más de dos semanas después de la ocupación de Madrid, prestaba juramento de fidelidad a José Bonaparte, que reinaba con el nombre de José I. Demerson, que ha sido el primer estudioso del poeta que trató con rigor estos datos con base en el Archivo Municipal de Madrid, da por seguro que pronunció la fórmula: “Juro fidelidad y obediencia al Rey, a la Constitución y a las leyes”⁹⁶.

⁹⁴ BAE, T. LXIII, 158-159. “Diez millones de españoles/ no son, no queriendo, esclavos;/ sientan los bravos de Jena/ la fuerza de vuestros brazos.

⁹⁵ Martín Fernández de Navarrete (1765-1844), biógrafo de *Batilo*, se negó al igual que éste a colaborar al principio con José Bonaparte pero, al quedarse en Madrid, recibió la Orden Real de España en 1810 (*Gazeta de Madrid*, 21 de junio de 1810) y terminó colaborando con los franceses. El 7 de mayo de 1812 formó parte de una comisión de la Academia de la Historia, que cumplimentó a José I para presentarle un ejemplar de la *Memoria histórica sobre cuál haya sido la opinión nacional de España acerca del tribunal de la Inquisición*, de Llorente (*Gazeta de Valencia*, 26 mayo 1812). En 1814 fue purificado, y un año después fue nombrado secretario de la Academia de San Fernando. Con toda probabilidad, Navarrete fue el editor de los *Discursos Forenses* de *Batilo*, para los cuales, según Astorgano, pensaba escribir la última parte de su vida “con delicadeza, de forma que no hiriera las opiniones del partido contrario o fernandino” (*OC*, 1433).

⁹⁶ DEMERSON, I, 461.

Una nueva etapa, por tanto, se abría en la vida del gran poeta, caracterizada por la vuelta a la actividad, a la práctica de los asuntos jurídicos, de los que había estado apartado durante más de diez años. Un decreto del Intruso, publicado en la *Gazeta* del 9 de febrero de 1809 lo nombraba fiscal único de las dos Juntas de Negocios Contenciosos. Creado pocos días antes (6 de febrero), ese alto tribunal sustituía a los Consejos suprimidos, como el de Castilla, y tenía por cometido dictaminar sobre los procesos contenciosos a la espera del desarrollo de los artículos 104 y 105 de la Constitución de Bayona, donde se establecía el Consejo Real, especie de Tribunal Supremo: “El Consejo Real será el Tribunal de reposición [...]” (Art. 104). El 23 de febrero todos los miembros del tribunal prestan juramento de fidelidad al rey José, por el que se comprometen pública y oficialmente a colaborar con el régimen intruso. Desde este momento es difícil exculpar a Meléndez de “traidor”, en calificativo de la época, y de “afrancesado” en la de hoy. Astorgano ha incidido en el entusiasmo del fiscal Meléndez magistrado del Consejo Real⁹⁷, dependiente del ministro del Interior, encargado de la cartera de Justicia, Manuel Romero, jurisconsulto de gran prestigio y elevada edad que tuvo que tener buenas relaciones con *Batilo*. Con lo cual consiguió un punto de conexión importante con el nuevo gobierno josefino e incluso con el entorno del rey⁹⁸.

Aunque no se conozca la relación del poeta con Manuel Romero, ministro del interior y encargado de la cartera de Justicia, es de suponer que aquél, que estuvo presente el jueves 16 de febrero de 1809 en la prestación de juramento de fidelidad al rey por parte de los jueces y del fiscal Meléndez, tuvo que ver en su nombramiento. El ministro —a quien Goya retrató en un cuadro famoso fechado entre 1810 y 1812, hoy en el Art Institute de Chicago— acogió con fervor al nuevo rey, hasta el punto de presentar un libro con el título de *Relación general sobre la situación del reino de Nápoles en los años de 1806 y 1807*, en que se trataba de demostrar cuánto debía Nápoles al sabio gobierno del rey José⁹⁹. El embajador La Forest decía que Romero era uno de los hombres más ilustrados de España, de donde se deduce su preocupación por la educación y los liceos, que le acercaba a los hombres de letras, aparte de su

⁹⁷ ASTORGANO ABAJO, Antonio: “El pensamiento regalista de Meléndez Valdés y la legislación josefista sobre las relaciones Iglesia-Estado”, en *La Guerra de la Independencia. Estudios*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, Vol. II, pp. 689-732.

⁹⁸ Manuel Romero aparece, sin citarlo por su nombre, en calidad de Ministro de Justicia en el *discurso forense* nº 8 de Meléndez, en el que como fiscal afirma haber visto los autos mandados en consulta al Tribunal por aquél (*OC*, 1106).

⁹⁹ *Gazeta de Madrid*, 22 de febrero de 1809.

condición de hombre de leyes que le aproximaba particularmente a Meléndez. Razón por la cual él debió de ser uno de los valedores principales del poeta en la corte josefina¹⁰⁰.

Con su nueva posición y disfrutando de un cargo de elevada responsabilidad, *Batilo* terminó entrando en contacto con facilidad con el mismísimo rey José, pues éste había resuelto que “concurriesen las personas de las primeras jerarquías al *Gran Círculo*”, entre los que se encontraban los magistrados que habían constituido el Consejo de Castilla. Su trabajo fue tan brillante que no tardó en ser valorado ante el ministro como “muy digno por su elocuencia y su excelente doctrina”, haciéndose acreedor de “los mayores elogios”.

Un punto de conexión importante con el círculo más inmediato al rey, fue también el famoso salón de Teresa Moltalvo y O’Farrill, condesa de Jaruco, sobrina del ministro Gonzalo O’Farrill y amante del propio rey José. Influyente *salonière*, su casa estaba abierta desde antes de la guerra a las personalidades más inminentes, entre ellas los hombres de letras, que eran su ornato. De ello dará cuenta, años después, su propia hija, la no menos famosa condesa de Merlin al recordar aquellos años:

“Allí se veían los literatos más célebres de la época y la mayor parte de los hombres que ocupaban entonces puestos elevados y han hecho después los primeros papeles en el Gobierno. Mi madre tenía mesa franca para sus amigos; así se proporcionaba el gusto de una tertulia numerosa, el hechizo de la confianza, y muchas veces en aquellas meriendas tan animadas, se han cogido las primicias de los más hermosos versos de Arriaza, de Quintana, de Maury y de Meléndez”¹⁰¹.

El siguiente ascenso en la escala política de Meléndez fue su nombramiento de miembro del Consejo de Estado, al que se incorporó por decreto de 2 de noviembre de 1809. Un organismo éste, compuesto de más de treinta

¹⁰⁰ APO (Archivo Palacio de Oriente). Papeles reservados, X, f. 25 a 31. En la evacuación final de los afrancesados, él fue uno de los que permanecieron en Zaragoza junto con Juan Antonio Llorente, Manuel María Cambroner, Bernardo de Iriarte, Alberto Lista y Manuel García Suelto entre otros.

¹⁰¹ Condesa de Merlin, *Mis doce primeros años*, Filadelfia, 1838, I, 199-200. Cfr. También Elisa Martín-Valdepeñas Yagüe, “Mis señoras traidoras: las afrancesadas, una historia olvidada”, *Revista HMiC* (2010), 79-107. La expresión “mis señoras las traidoras” fue acuñada por Fr. Manuel Martínez, que tanto denostaría a Meléndez en sus *Los falsos traidores*, como se verá más adelante.

miembros y menos de sesenta, que se reunía bajo la presidencia del rey. Se trataba de personajes influyentes a los que se les fijó un sueldo de 100.000 reales. Lo cual supuso un considerable ascenso para el magistrado, que de 55.000 reales al año pasaba casi al doble. Un decreto posterior de mayo de 1810 precisó que los “hombres, títulos y uniformes de los consejeros de Estado son los mismos que gozaban los miembros del antiguo Consejo de Estado”.

En un grado inferior se hallaban los “directores generales” y jefes de servicios de los distintos ministerios, en los que se hallaban algunos hombres de letras bien conocidos: en Finanzas, Juan Antonio Melón; en Negocios Eclesiásticos, Ceán Bermúdez¹⁰² y el antiguo secretario personal y siempre fiel a la familia Meléndez Valdés, Mariano Lucas Garrido¹⁰³; en el Interior (entre otros) José Marchena y José Antonio Conde; en Policía, José Gómez Herмосilla. En cuanto al ascenso de Meléndez, el embajador La Forest da como causa principal la buena fama del magistrado: por su condición de “hombre tan conocido en la literatura como en los negocios públicos”¹⁰⁴.

Inmediatamente después, formó parte de la Comisión del Consejo de Estado para preparar las disposiciones legislativas que se juzgaran necesarias para hacer que el Código Napoleón resultara aplicable a España. Integraban la Comisión personalidades con “sólidos conocimientos y rectas intenciones”, entre las que se encontraban Cambronero(a quien le dedicó el Romance

¹⁰² Ceán Bermúdez siempre estuvo ligado a la Escuela Poética Salmantina, y no sólo a través de Jovellanos y Meléndez, sino también con otros miembros menores, como Salvador María de Mena (*Menalio*). Cfr. ASTORGANO ABAJO, Antonio: “Salvador de Mena (*Menalio*), poesía y suministros militares en la Valencia de 1788”, *Saitabi* n.º. 66 (2016), pp. 121-140.

¹⁰³ Sobre este notable traductor de obras francesas, cfr. ASTORGANO ABAJO, Antonio: “Mariano Lucas Garrido, secretario y discípulo “olvidado” de Meléndez”, *Revista de Estudios Extremeños*, Badajoz, 2017, n.º extraordinario dedicado al “Homenaje a Juan Meléndez Valdés en el bicentenario de su muerte”.

¹⁰⁴ LA FOREST: *Correspondance*, III, 61. Cit. en Demerson, *Meléndez*, 489.

XXVII)¹⁰⁵, Joven de Salas¹⁰⁶, el marqués de Caballero –antaño perseguidor de Jovellanos y del propio Meléndez-, Pereira¹⁰⁷, González Arnao¹⁰⁸ y Meléndez, que conocía desde hacía años la gran recopilación napoleónica¹⁰⁹. Comisión ésta a la que el rey José decidió agregar dos juristas franceses muy próximos a él, Jean Baptiste Ferri-Pisani, conde de San Anastasio y el conde Miot de Mélito. Uno y otro acompañantes del rey en su expedición de Andalucía, en la que tuvieron tiempo de intimar con el dulce y culto *Batilo*.

El primero de ellos, otro corso como los Bonaparte, ejercía una gran influencia en el rey, tal como se manifiesta en el número de memorias, proyectos de ley e informes que llevan anotaciones de su mano, lo mismo en Nápoles que después en España¹¹⁰. Y el segundo, François Miot, conde de Mélito, fue

¹⁰⁵ También le dedicó la Oda XXXI. “A mi amigo don Manuel María Cambronero, por su sensibilidad y su amor a la Patria. Escrita en diciembre de 1813”. Nacido en 1764, Cambronero –miembro del Consejo Privado de José Bonaparte y ministro de Justicia después- tuvo responsabilidades muy parecidas a las de Meléndez: fue ministro de la Chancillería de Valladolid, miembro de la Sociedad Económica Matritense, secretario de Estado, caballero de la Orden Real de España y uno de los miembros que prepararon el Código Civil español. Acompañó a José I a Andalucía en 1810, y fue Presidente de la Sociedad Económica Matritense, 14 de diciembre de 1811. En 1814 tuvo que emigrar a Francia, desde donde el 30 de abril de 1814 firmó, con otros 233 refugiados en el departamento del Hérault, una carta en la que felicitó a Fernando VII por su vuelta al trono con la promesa de una pronta amnistía.

¹⁰⁶ José Ignacio Joven de Salas, nacido en 1760, fue defensor del duque del Infantado en la causa de El Escorial. Recibió la Orden de España en octubre de 1809. *El Patriota*, 6 octubre 1813, le acusó de codicia y de llevarse mucho dinero a Francia.

¹⁰⁷ AHN, *Estado*, leg. 3003 (3 de noviembre de 1809). Luis Marcelino Pereira, nombrado consejero de Estado juntamente con Meléndez, fue alcalde mayor del crimen en la Chancillería de Valladolid. Diputado a la Junta de Bayona, firmó el manifiesto *A los habitantes de la ciudad de Zaragoza y a todos los del reino de Aragón*, Bayona 4 de junio 1808, exhortando a abandonar la insurrección. Los patriotas lo acusaron como uno de los que “deshonran el nombre español”. Formó parte de la delegación que en enero de 1809 se trasladó a Valladolid a pedir a Napoleón el retorno de José a Madrid.

¹⁰⁸ Vicente González Arnao, miembro de la Academia de la Historia, escribió sendos *Elogios* de Campomanes y de Cisneros. Diputado a la Junta de Bayona, fue director de la Academia de la Historia en 1811 y formó parte de la diputación de ésta para presentarle un ejemplar de la *Memoria histórica sobre cuál haya sido la opinión nacional de España acerca del tribunal de la Inquisición* de Llorente. Enviado a Extremadura como prefecto en comisión en 1813, emigró a Francia, residiendo primero en Burdeos y después en París. Tuvo fama de rico y de jurisconsulto eminente. En el exilio tradujo el *Ensayo político sobre el reino de Nueva España* de Humboldt.

¹⁰⁹ En 1803 el librero salmantino Alegría, especializado en la venta de obras francesas y que le trataba como buen cliente, le escribió para proponerle en dos ocasiones el *Proyect de Code Civil (sic)*, que no se la encargó porque seguramente la conocía. Así que desde la puesta a la venta de la obra definitiva en 1804 debió sumergirse en el estudio profundo del *Code Civil des Français* (Demerson, I, 491).

¹¹⁰ MORENO ALONSO, M.: *José Bonaparte*, 184. Ferri-Pisani, yerno del mariscal Jourdan (cuya

probablemente, el personaje de mayor confianza del rey. Pequeño, de rasgos duros, Miot era un hombre hecho a sí mismo. Empezando como un burócrata menor al servicio de Luis XVI, avanzó progresivamente bajo los diversos gobiernos de la República. No era un político, sino más bien un funcionario, aunque liberal y progresista y, como Meléndez y el propio José, un buen constitucionalista. Su mujer era camarera de honor de la reina Julia. A él fue a quien le ordenó Napoleón que le comunicara a su hermano que le había nombrado rey de Nápoles, y más tarde no dudó en aconsejar a José repetidamente que renunciara a la Corona de España que no podía obtener más que después de mucho derramamiento de sangre. “Pero el temor de mostrar, abandonando el trono, más debilidad que filosofía –dirá Miot-, el deseo de no comprometer la suerte del pequeño grupo de españoles que le eran fieles, se lo impidió. Tal vez, el mismo título de rey del que deberá ser difícil desembarazarse cuando se ha detentado, decidieron a José Bonaparte doblegarse a su destino”¹¹¹.

Con todos estos nombramientos y dado el atractivo personal e intelectual de Meléndez, tan próximo además a personalidades del círculo más íntimo del rey, era natural que éste, en un grado antes impensable, llegara por fin a disfrutar como nadie de la proximidad del poder más elevado y de la Corte. Con toda seguridad, *Batilo* compartió perfectamente muchas de las ideas expuestas años después por su amigo Miot de Mérito en sus *Mémoires* cuando, dejándose llevar por las apariencias, todos ellos fueron sensibles a las muestras de acogidas de las ciudades andaluzas, particularmente Sevilla, que se convirtió en la ciudad más napoleónica de España a pesar de haber sido antes la más patriótica, como capital de la España libre, donde residió el gobierno de la Junta Central, frente al Madrid bonapartista¹¹².

Precisamente, el hecho de que durante los años del reinado del Intruso el poeta áulico por antonomasia que ha conocido la República de las letras española abandonara las Musas, no tiene otra explicación que su complaciente dedicación a los múltiples cargos que le depara su posición tan elevada. Pues el soberano, que era también hombre de sensibilidades literarias, terminó nombrándolo miembro de la Comisión de Teatros, una de las pasiones del rey.

boda según aquél se la debía al propio rey), fue miembro del círculo íntimo del Intruso lo mismo en Nápoles que en España.

¹¹¹ MORENO ALONSO, M.: *José Bonaparte*, 300.

¹¹² MORENO ALONSO, M.: *El nacimiento de una nación. Sevilla, capital de una nación en guerra*, Madrid, Cátedra, 2009, 480 pp.

Comisión ésta que apareció publicada en la *Gazeta de Madrid* el 31 de diciembre de 1810, y de la que formaban parte la flor y nata de los intelectuales afrancesados españoles: Moratín, Vicente González Arnao, Pedro Estala, José Antonio Conde, Tomás García Suelto¹¹³ y Ramón Moreno. Materia en la que, por razones indiscutibles, el más llamado a ella era Moratín, el autor del *Sí de las niñas*, quien desde hacía meses presionaba a su amigo Juan Antonio Melón para que, a través de su amigo Conde, lo recomendara a Cabarrús para entrar “en la tierra de Dios”, en la que se encontraba el “Pastorcito del Zurguén”, es decir, Batilo, autor de la letrilla *La flor del Zurguén*¹¹⁴. Mientras éste, actuando de verdadero poeta áulico, vivía lo más próximo que podía junto al Rey, viajaba con su comitiva y decidió escribir dos Odas a José.

Con toda seguridad, el dulce *Batilo* se pavoneó con la Real Orden de España, llamada por los patriotas la *berenjena*, que Goya pintaba con todo detalle en el pecho de sus retratados, como se advierte en los cuadros de Manuel Romero o Juan Antonio Llorente. “No faltaron ocasiones a nuestro poeta –escribió Demerson– para llevar dicha insignia. Sabemos pertinentemente que fue invitado a recepciones oficiales tanto en el Palacio como en el Ayuntamiento y que tomó parte en ceremonias políticas, en que la etiqueta exigía el traje de gala”. Según este autor, Meléndez, tan dado de suyo a las grandezas, debió de frecuentar las recepciones dadas con motivo de las fiestas legales (1 de enero), las religiosas (Navidad, Pascua, Corpus Christi, San Isidro), las fiestas imperiales o reales (19 de marzo, San José, el santo del Rey; 23 de mayo, cumpleaños de la reina; 15 de agosto, el santo de Napoleón) o los festejos por los acontecimientos políticos extraordinarios (18 de febrero de 1810, éxito de la expedición a Andalucía; 31 de marzo de 1811, nacimiento del rey de Roma...)¹¹⁵.

Dedicado su tiempo a sus nuevas responsabilidades y a tales deberes cortesanos, más que dedicarse a escribir poesías como en otros tiempos, el buen vate seleccionó su producción, que dedicó a poemas en alabanza de José I, que le valieron el calificativo del terrible Fr. Manuel Martínez –martillo de afrancesados y colaboracionistas– de “Coplador del Rey Pepe”. En cuanto a Meléndez, dada su condición de verdadero “poeta áulico”, pareció haber perdido la más

¹¹³ *El Patriota*, 29 septiembre 1813, calificaba a Manuel García Suelto de “embrión mezquino de literato universal, hidrópico de aplausos y consumado en charlatanismo”.

¹¹⁴ *Epistolario* de Moratín, 270 (Madrid, marzo de 1810).

¹¹⁵ DEMERSON: *Meléndez*, I, 541.

mínima orientación de que no se encontraba en una Corte normal ni en un país ordinario, sino que se había metido en un auténtico “avispero”¹¹⁶.

LOS GRANDES DÍAS DEL REINADO

En noviembre de 1809, cuando Meléndez era ya un prohombre en la Corte josefina, la suerte del rey José cambió por completo. Al frente de su ejército, mandado por su nuevo jefe de Estado Mayor, mariscal Soult, infligió una completa derrota al ejército de la Junta Central en Ocaña. La victoria josefina fue aplastante. La *Gazeta de Madrid* comunicó la noticia: “Ayer, a las cinco y media de la tarde, esto es, a las cuarenta y ocho horas de su salida, entró el rey en su capital, después de haber destruido completamente un ejército de 60.000 hombres. Su Majestad podía decir como César: *veni, vidi, vinci*”¹¹⁷.

Con la victoria de Ocaña comenzaban los grandes días del reinado de José en España. En los últimos días de 1809 el rey lo tiene ya todo dispuesto para llevar a cabo su gran aventura: la conquista de Andalucía, con la que esperaba poder completar el dominio del país. Nunca como entonces se sintió José dueño de su reino.

En la expedición a Andalucía hizo que le acompañaran buen número de consejeros de Estado, entre otros algunos de sus hombres más próximos, como el inseparable Miot de Mérito, el corso Ferri-Fisani o el marqués de Almenara, nuevo ministro del Interior. Y, como no podía ser de otra forma, Juan Meléndez Valdés. En la expedición echó mano también de las mejores plumas favorables a su causa, como el andaluz José Marchena, dispuesto a hacer proselitismo por la causa del rey y a atraerse a destacados intelectuales.

Éste, cuando la comitiva llegó triunfalmente a Córdoba, se hospedó en casa de su amigo el poeta Arjona y le convenció para que cambiara a favor de José una oda compuesta para celebrar la victoria de Bailén¹¹⁸. Y como la noticia llegó a conocimiento del propio rey, el ministro de Policía le exigió otra en obse-

¹¹⁶ Esta expresión *–le guépier–* ha sido utilizada por algunos historiadores franceses para referirse a la guerra de la Independencia. Dio título al libro de Georges ROUX: *Napoléon et le guépier espagnol*, Paris, Flammarion, 1970. También fue utilizada por Jean Tulard, el conocido historiador de Napoleón. Cfr. HOCQUELLET, Richard: *Resistencia y Revolución durante la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2008, p. 36.

¹¹⁷ *Gazeta de Madrid*, 21 de noviembre de 1809.

¹¹⁸ ARJONA: *Manifiesto que el doctor don Manuel María de Arjona, canónigo penitenciario de Córdoba, hace de su conducta política a la nación española*, Córdoba, Imprenta Real, 1814.

quió del Intruso “para indemnización de aquella”. Ante lo cual el poeta Arjona, según una conocida versión, decidió refundir otra oda que había compuesto con motivo de la venida de Carlos IV a Andalucía en 1796, “y aún este ligero trabajo tuvo que encargarlo al célebre abate José Marchena, a quien cabalmente tenía alojado en su casa”. Pero, según esta versión, que es la misma que declaró el propio Arjona en su posterior *Manifiesto* justificativo, “habiendo visto la oda don Juan Meléndez Valdés, ministro del Intruso, notó bien que su autor se había esmerado poco en aquella composición, de la cual se tiraron tan pocos ejemplares, que será rarísimo el que haya quedado, si es que existe alguno”¹¹⁹.

En su conquista de Andalucía, que resultó un paseo militar como la de Nápoles, el Rey advirtió seguramente que su hermano se sentía celoso de su gloria. Sobre todo después de los laureles de Ocaña, por lo cual no aceptó el control que Napoleón proponía ejercer sobre él. De donde su deseo de tener a su lado hombres suyos, y no espías de su hermano¹²⁰.

El rey iba al frente de un ejército de 60.000 hombres que, poco a poco, fue avanzando con la incorporación de los cuerpos de ejército de Victor, Mortier y el corso Sebastiani, a quien en pleno momento de euforia José le encargó a la vez la ocupación de Antequera, Motril, Guadix y Málaga, aun cuando el objetivo principal era Sevilla, sede de la Junta Central y capital política de la España insurrecta. El 23 de enero de 1809 José atravesó el pueblo de Bailén, donde un año y medio antes se había producido tan radicalmente su cambio de fortuna. Pequeño pueblo donde se había producido la gran batalla que el poeta Meléndez había cantado enfervorizadamente al igual que otros vates amigos. ¿Qué ideas y recuerdos pasarían por la mente del poeta a su paso por aquel lugar maldito para los franceses que su lira había cantado tan pocos meses antes?

En una proclama, redactada en Córdoba el 27 de enero, el rey, dirigiéndose a todos sus súbditos decía: “Españoles, mostraos razonables y tratad de ver en los soldados franceses amigos prestos a defenderos. Todavía hay tiempo. Uníos a mi causa e iniciemos en este día una nueva era de felicidad y gloria para España”. Sin apenas resistencia, poco después llegó a Sevilla como conquistador invicto

¹¹⁹ Luis María RAMÍREZ y de las CASAS DEZA: “Noticia biográfica” sobre Manuel María de Arjona, en *Poetas líricos del siglo XVIII*, LXIII, 501.

¹²⁰ GOTTERI, Nicole: *La misión de Lagarde, policier de l'Empereur pendant la guerre d'Espagne (1809-1811)*, Paris, Publisud, 1991. Este intendente informa al emperador a espaldas de José. Del hijo del ministro Cabarrús dirá que, durante su estancia en Málaga, engañó a su padre “a propósito de las opiniones de sus conciudadanos”, p. 188.

entrando en la ciudad “a tambor batiente y banderas desplegadas”. “Nunca como entonces –escribió Miot de Méliot- creímos estar al borde final de la guerra”.

La conquista por el propio rey, sin oposición alguna, causó tal sensación que un hombre tan poco convencional como el conde de Cabarrús –amigo de Meléndez desde hacía tantos años por su relación con Jovellanos- entonces ministro de Hacienda y encargado interinamente de los Negocios Eclesiásticos, ordenó que en Madrid, en todas sus iglesias, se celebrara el evento con un solemne *Te Deum* de acción de gracias¹²¹.

Ninguna ciudad española acogió con tanto entusiasmo y calor al nuevo rey como Sevilla. Como escribió éste a Cabarrús, el ejemplo de Sevilla era muy importante, “en un momento donde todo va mejor en un país que tiene tan gran influencia de opinión sobre el resto del reino, y sobre Madrid”¹²². Las autoridades, buena parte de los intelectuales –entre los que se hallaban admiradores de Meléndez como Reinoso o Lista- y buena parte también del pueblo llano lo apoyaron sin reparos. Probablemente, en ninguna ciudad se les aduló tanto a él y a su hermano Napoleón cuya onomástica se celebraba, cuando ya incluso había transcurrido tiempo desde la llegada del rey a la ciudad, en las riberas del Guadalquivir con “la misma alegría y entusiasmo que en las del Sena”¹²³.

La *salud del pueblo* –una vez fijada la “opinión pública”¹²⁴- se reconfortaba en la nueva coyuntura apoyando al rey. Según la *Gazeta* oficial, que en este caso no parece que mintiera, al pasear el rey por la ciudad a caballo, “atravesando por medio de los arrabales más pobres... apenas fue reconocido S.M. cuando empezaron a resonar por todas partes las aclamaciones de “Viva el rey” y “Viva Josef primero”. Los habitantes salían presurosos de sus casas y se dirigían “en tropel” al paso de Su Majestad. “Se afanaban por acercarse a su real persona –decía el periódico oficial-, tocándole el vestido, besándole las manos con una expresión de interés y de afecto tan sencillo y natural, que no dejaban la menor duda de su sinceridad y de la feliz mutación de ánimos que se ha efectuado”.

Los primeros sorprendidos por el recibimiento que el Intruso tuvo en Sevilla fueron las autoridades españolas que le acompañaban. Por ello, Blas de Aranza, recién nombrado comisario regio, ordenó al ayuntamiento que se hicie-

¹²¹ AHN, *Consejos*, leg. 51578 (p.2). Madrid, 18 de febrero de 1810.

¹²² AHN, *Diversos*, leg. 57. José a Cabarrús, 6 de febrero de 1810.

¹²³ *Gazeta de Sevilla*, n. 72, martes 20 de agosto de 1811, vol. II, p. 574.

¹²⁴ BNM, R-60921. *Discurso pronunciado en la función celebrada por el Illmo. Cabildo de la Santa Iglesia Patriarcal de Sevilla, el día 15 de agosto de 1810*, Sevilla, en la Imp. Mayor, p. 3 (Ed. bilingüe).

ra un resumen de la “feliz estancia” de José en Sevilla. En este escrito –decía el comisario- “convendría hacer algunas reflexiones que sirvan para dar a conocer a todos los habitantes de Sevilla y de su reinado sus verdaderos intereses: que comparen los bienes de la sumisión, de la pacificación, emigraciones, levas, ofandad y miseria desastrosa en que estaba sumergida esta hermosa provincia”¹²⁵.

“Leyes de clemencia son las que únicamente hemos oído pronunciar al soberano”, dijo ante el rey y ante el pueblo, concentrado en la catedral hispalense, el rector de la Universidad Nicolás Maestre, que pidió paz y piedad después del “indulto general” concedido por el propio José tras su entrada en la ciudad¹²⁶. Desde el Alcázar, el rey dirigió a su ejército una proclama para darle las gracias por “haber rechazado a los ingleses, salvando treinta mil españoles, pacificando la antigua Bética y reconquistando para Francia sus aliados naturales”¹²⁷.

En una segunda estancia posterior en Sevilla, motivo de gran dolor para el rey fue la muerte de uno de sus ministros más próximo, el conde de Cabarrús. Falleció el día 27 de abril de 1810, a las cuatro de la mañana. La *Gazeta de Sevilla* dijo de él que era “uno de los más ardientes promovedores de las ideas y proyectos más útiles a España”, añadiendo que “la nación le es deudora de varios establecimientos de la mayor importancia”¹²⁸. Al entierro asistieron los hijos del ministro, Domingo y la famosa Teresa –la llamada en su día Madame Thermidor-, junto con los ministros O’Farrill, Urquijo y Almenara, sin que conste documentalmente que asistiera el rey¹²⁹.

Con toda seguridad, *Batilo* asistió a las honras fúnebres que se le tributaron a Cabarrús, dada su amistad con el finado y con los otros ministros del rey presentes en aquellos actos. Una carta conservada dirigida por el poeta al ministro Mariano Luis de Urquijo, datada en Madrid, el 2 de mayo de 1811, da idea del grado de intimidad que tenía con algunos de ellos¹³⁰. Los funerales solemnes que se ordenaron en la catedral sólo fueron parangonables con los realizados por la Junta Central y el pueblo de Sevilla, año y medio antes, en el funeral del conde de Floridablanca, a quien años atrás el poeta áulico había agasajado en sus *discursos*

¹²⁵ Archivo Municipal de Sevilla, Sección VII, 6 (11). Sevilla, 15 de febrero de 1810.

¹²⁶ *Gazeta del Gobierno*, n.4, martes 6 de febrero de 1810.

¹²⁷ MORENO ALONSO, M.: *Sevilla napoleónica*, Sevilla, Ed. Alfar, 1995, 41 y ss.

¹²⁸ *Gazeta extraordinaria de Sevilla*, n.34, domingo 29 de abril de 1810, pp.262-264.

¹²⁹ Archivo Municipal de Sevilla, Sección VII, V, 14.

¹³⁰ DEMERSON, I, 558-559.

*forenses*¹³¹. Toda la ciudad asistió atónita a un entierro en el que, durante todas las horas que estuvo el cuerpo presente, hubo cañonazos de hora en hora¹³².

Durante el tiempo de la ocupación de la ciudad por el ejército del Intruso, surgió una especial preocupación por la enseñanza y la educación. El propio rey, en uno de sus primeros decretos del Alcázar, ordenó la formación de un colegio de primera educación en Sevilla, asignándole la suma de 100.000 reales anuales. Las nuevas autoridades hicieron cuanto pudieron para que Sevilla tuviera hasta una biblioteca pública, aprovechándose algún cuartel para alguna biblioteca más. Ilusionados en un principio con el panorama de ilustración que se presentaba, hasta en medio de la guerra, se preocuparon por la educación de las niñas pobres. Los miembros de la prestigiosa Academia de Buenas Letras, por no hablar de la Universidad¹³³, no tuvieron inconveniente tampoco en manifestar su amor a “una dinastía tan digna de dar leyes a la Europa” sin intimidarse por el “esplendor de unas armas que sólo parecen esgrimirse contra la ignorancia y la pereza”¹³⁴.

Verdaderamente, aquellos fueron los días más grandes del reinado de José. En Sevilla se creyó que era incluso el rey de todos los españoles. Había llegado el momento de hacerlo saber por parte de los hombres de letras. Que entonces fue cuando los hombres de letras que acompañaban al rey en su viaje a Andalucía cogieron la pluma para alabarlo. El primero en hacerlo había sido Manuel María de Arjona, el canónigo penitenciario de Córdoba que tanto admiraba a *Batilo* como sus amigos de Sevilla, al pasar el rey por esta ciudad¹³⁵.

Ya en Sevilla, otro que cantó al rey fue José María Carnerero, que escribió y leyó en Sevilla la composición *Al rey nuestro señor. Con motivo de su entrada en Sevilla y de la próxima participación que le deberán sus Españas*¹³⁶. Carnerero fue detenido en 1808 por la policía francesa y salvado por el ministro Azanza. Luego se afrancesó, siendo nombrado redactor de la *Gazeta de Madrid*

¹³¹ “Las dos más célebres lumbreras del Senado de Castilla, los Excelentísimos Condes de Floridablanca y Campomanes”. (*OC*, 1117).

¹³² MORENO ALONSO, M.: *Sevilla napoleónica*, 251.

¹³³ MORENO ALONSO, M.: “La lucha por la libertad en la Universidad de Sevilla”, en *El miedo a la libertad en España*, Sevilla, Alfár, 2006, 303-332.

¹³⁴ *Gazeta de Sevilla*, n.38, martes 11 de septiembre de 1810, pp.682 y ss. Palabras de don Miguel María del Olmo, al frente de una diputación de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla ante el mariscal Soult.

¹³⁵ DEMERSON, I, 395 y II, 355. Hacia 1802, Mariano Lucas Garrido ya informaba a Meléndez de sus contactos con Arjona.

¹³⁶ BNM, R-60014(2). Mss. Copia del papel ms. que tenía el marqués de Jerez de los Caballeros de *Poesía laudatoria* en honor de José Bonaparte.

y empleado en la secretaría del Ministerio del Interior. Pocos meses después estrenó su traducción de *Mélanie*, drama de Jean-François de La Harpe, con el título de *La novicia o la víctima del claustro*, un asunto que cobró actualidad en los años de la ocupación francesa¹³⁷.

Por supuesto, ninguno de los poetas que alabaron al rey tenía la significación de Meléndez quien, con toda probabilidad, escribió sus alabanzas a José en Sevilla, en aquellos días que la corte itinerante del Intruso vivió en la ciudad del Guadalquivir.

El primer poema fue la oda *Al rei nuestro señor*, fechada en Sevilla el 20 de abril de 1810. Publicada por Alberto Lista –otro poeta que también se pasó a la causa afrancesada- en la *Gazeta de Sevilla* en el número extraordinario correspondiente al 25 de abril de 1810, no fue recogida en la edición de sus *Poesías* de 1820 realizada por Quintana. No podía serlo porque éste, a pesar de haber abrazado la causa patriótica, se obstinaba partidistamente por razones de amistad y admiración para con Meléndez en defenderle en contra de la evidencia de que aquél “se comprometió en una opinión y en una causa que jamás fueron las de su corazón y de sus principios”¹³⁸.

Conocida de muy pocos con posterioridad, la *Oda* fue publicada un siglo después por el erudito sevillano Manuel Gómez Imaz con duros comentarios sobre las veleidades laudatorias del gran poeta. Pues, en su opinión, los poetas que se afrancesaron, bajo los inocentes nombres *pastoriles* que escogieron, eran en el fondo “escépticos impenitentes amantes de la escuela *utilitaria*”, que lo hicieron en provecho propio. El caso de *Lisio* –Lista- que escribió un día el elogio de Floridablanca, o la oda a la batalla de Bailén, y al siguiente ensalzó al Intruso o al mariscal Sout. O el del “dulcísimo *Batilo*”, que “alentó con sus magníficas *Alarmas*, que vivirán lo que la buena poesía castellana, el alzamiento nacional”, y que luego loaron al Intruso. Por lo que el erudito sevillano, escribiendo un siglo después con motivo del primer centenario de la guerra de la Independencia desde posturas altamente conservadoras, se preguntaba sobre la sinceridad de aquellos “excelentes” vates acerca de “si sentían lo que decían, o decían lo que querían con artificio maravilloso, o encubrían en la inconstancia y veleidades pasiones poco nobles y generosas”¹³⁹.

¹³⁷ Mucho más joven que Meléndez, nacido probablemente en 1784, el avisgado Carnerero se refugió tras la derrota de Napoleón en Francia, gozando de la protección del duque de Orleans, del que fue bibliotecario hasta 1821.

¹³⁸ QUINTANA: *Noticia*, BAE, t.XIX, p. 119.

¹³⁹ GÓMEZ IMAZ, Manuel: *Los periódicos durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*,

A nuestro propósito, aparte del tono empleado al enjuiciar al poeta y de algunas inexactitudes, lo importante es que *Batilo* acompañó al rey muy de cerca, un alto honor concedido a pocos. Lo que se debía, evidentemente, a la popularidad y alta estima de que gozaba el poeta. Gómez Imaz, muy bien informado por otra parte, señala que en la Semana Santa que el Intruso pasó en Sevilla, Meléndez acompañaba al rey entre otros altos dignatarios militares y palaciegos para asistir a los Oficios del Jueves Santo, siendo testigo a su paso por la calle Génova de cómo se le acercó a la comitiva un muchacho como de unos nueve años de edad, huérfano de cierto corregidor afrancesado de Talavera de la Reina. Y éste, con un desparpajo que parecía “ensayado” le dijo: “Señor sé leer y escribir y ruego a V. M. me costee una carrera para no ser mendigo”. Episodio “teatral y preparado”, en opinión del mencionado erudito, que conmovió tanto al vate que fue motivo de “una hermosísima poesía improvisada”, que fue la oda que Lista se apresuró a insertar al día siguiente en el núm. 26 de la *Gazeta*.

Poesía ésta que reúne todos los elementos característicos de una alabanza al rey en la que se resalta su bondad, su voz piadosa, sus grandes esperanzas, su condición de “padre en la común desdicha” y su comparación con el emperador Tito. Anécdota muy apropiada para que, ante la apostada preocupación por el bienestar del oprimido, surja la zalamería del poeta áulico para cantar las bondades de su señor. Lo que implica, además, una confesa confianza y fidelidad al rey que llega a bordear los límites de la propia dignidad: “mas os amé, y más juro/ amaros cada día,/ que en ternura común al alma mía/ se estrecha a vos con el amor más puro”. Con el consiguiente halago personal al monarca, de quien el propio poeta tanto esperaba: “seguid, oh bien querido/ del cielo, a manos llenas/ sembrando bienes, y aliviando penas,/ y nunca un día, oh Tito, habréis perdido”. Algo que el ambicioso poeta áulico hacía desde muchos años atrás con un indiscutible “servilismo protocolario y retórico ante el *favorecedor*, propios y usual del que quiere medrar”¹⁴⁰.

La fidelidad al rey por parte de Meléndez era completa no ya como cantor del rey, sino como consejero de Estado. Lo confirma el testimonio del embajador La Forest quien, al hablar de una sesión del Consejo de Estado el 29 de julio de 1810, en la que se hallaban el rey y el poeta áulico, como aquél hablara de las dificultades económicas, éste mostró su solidaridad y confianza en aquel.

nueva ed. de Manuel Moreno Alonso, Sevilla, Renacimiento, 2008, p. 169.

¹⁴⁰ ASTORGANO: *Don Juan Meléndez Valdés*, 319.

“Únicamente un consejero de Estado, M. Meléndez Valdés, se levantó para decir que seguiría a Su Majestad a todas partes”, escribió el embajador¹⁴¹.

La voluntad de fidelidad al monarca por parte de Meléndez es incuestionable. La proximidad al rey, tanto por su condición de consejero de Estado como por sus cualidades de poeta cortesano, le convirtieron en el hombre de letras de más prestigio y más cercano al poder y a la persona del rey. En circunstancias más normales, como había ocurrido en Italia en todas las responsabilidades ejercidas por José Bonaparte –en Parma, en los Estados Pontificios y en Nápoles ya como rey–, hubiera sido el poeta áulico por excelencia. Si bien, la dureza de la guerra de España, la oposición carpetovetónica de los patriotas, las veleidades sufridas por el propio rey junto con los traslados de éste de un lugar hacia otro, dificultaron e hicieron casi imposible la existencia de una Corte “normal”. Aun cuando, a pesar de todo, no hubo otro poeta español de un prestigio similar al suyo que mostrara su solidaridad para con él y lo cantara poéticamente.

Que tal fue el carácter de su segunda oda a José I, que Meléndez publicó un día antes del regreso de éste de París el 15 julio de 1811. Es decir, según el *imprimatur* del marqués de Almenara, la víspera de su llegada que, por otra parte, coincidía con el aniversario de la toma de la Bastilla. Se trata de un largo poema de 286 versos, publicado en folleto por la Imprenta Real en este mismo año. Su título lo dice todo, incluido el cargo que ocupaba su autor: *Oda a José I. España/ a su Rey/ Don José Napoleón Iº/ en su feliz vuelta de Francia. Por el consejero de Estado/ Don Juan Meléndez Valdés*¹⁴².

La composición del largo poema, su estructura, el estilo poético y los temas tratados son los propios de un avezado poeta áulico que adula no sólo al rey sino a su hermano (“el grande hermano”). Forzando la realidad, no duda en ponderar su aceptación gloriosa por el pueblo y el amor de éste que lleva al poeta hasta predecirle “un grato poder de gloria lleno”. Cual auténtico poeta cortesano, hasta elogia la “brillante Corte” del Emperador, al tiempo que arremete contra los ingleses (representados por el leopardo) y el “fanatismo impío”. Tras aludir a las aclamaciones que se le hicieron en Andalucía (“¿Qué cultos no te dio mi gran Sevilla?”), volverá de nuevo a magnificar las “alegres voces” de la “Gran Corte” del rey que nunca fue.

¹⁴¹ LA FOREST: *Correspondance*, VI, 60-62. Cfr. Demerson, I, 521.

¹⁴² Existente un ejemplar de la Imprenta Real con el *imprimatur* expedido por el marqués de Almenara en la BNM (U/106 27), el texto de la *Oda* fue publicado en primer lugar por A. Rodríguez Moñino y después por Demerson, que utilizó también el manuscrito autógrafo con sus respectivas correcciones por el propio Meléndez (Demerson, I, 523 y ss.).

Por otra parte, como alto funcionario de la Corte y cantor del rey en su papel de verdadero poeta áulico, de acuerdo con las pretensiones de toda su vida, Meléndez tampoco dejó de rentabilizar y sacar provecho de su toma de partido. “Recompensas de todo orden, cívicas o literarias, vienen a sancionar la doble y brillante actividad del poeta-magistrado”, escribió Demerson. Fue condecorado y nombrado caballero de la Orden Real de España, incluido entre los miembros del Instituto Nacional que soñó con fundar José, y se sentó, finalmente, en la Academia de Bellas Artes de San Fernando y en la Real Academia Española. E incluso, por utilizar la expresión de su biógrafo francés, su “próspera fortuna” le llevó a incrementar su patrimonio, en lo cual debió tomar una parte considerable su propia mujer, que, en palabras de Demerson “tenía ambición de sobra por los dos”, más allá de la condición “ambiciosa” del propio poeta áulico¹⁴³.

EL PECADO Y LA REDENCIÓN

Dado el carácter de “guerra civil” que enfrentó a los españoles durante la guerra napoleónica, el odio y la violencia que se desencadenó por parte de los patriotas contra los “colaboracionistas” del rey José, llamados *josefinos* y *afrancesados*, afectó de lleno como no podía ser de otra forma al poeta Meléndez. El “pecado” en que incurrió en mayor medida que ninguno otro de los hombres de letras que adoptaron la causa bonapartista radió en su gran relevancia como fiscal de las Juntas contenciosas y consejero de Estado, por una parte, y como poeta cortesano y cantor del rey. Razones por las cuales, el poeta se vio obligado a seguir al rey, formando parte de su séquito en sus sucesivas salidas de Madrid y consiguientes evacuaciones de la corte.

Como es fácil de deducir, en condiciones de extrema gravedad el poeta de José, ya casi sexagenario, debió de sufrir profundamente dada su condición de

¹⁴³ DEMERSON: “La próspera fortuna de Don Juan Meléndez Valdés”, I, 537 y ss. Sobre la mujer de Meléndez, María Andrea de Coca, que debió de influir considerablemente en la obsesión de su marido por encontrar patrones y mecenas, se ha conservado un retrato al vitriolo de Moratín –que la consideraba “la más sardesca, cavilosa, pesada, impertinente, maliciosa, insufrible y corruptente vieja” que había conocido en su vida- una vez muerto su marido: “...está en Barcelona comiéndole los hígados a un sobrino que os la dio, cargada con los manuscritos de su marido, con los cuales se propone ganar millones. Siempre amenaza con la edición de las obras de su difunto; y como todo lo quiere imprimir, serán seis tomos de buen tamaño; pero no quiere soltar un cuarto, sino hallar una persona caritativa que la anticipe los gastos, y luego se los perdone, para gozar en paz el rédito inocente de la prometida colección. Toda su vejez y sus maulas no han sido bastantes a engañar a ningún catalán, y ahora se propone llevar a Valencia su anatomía, y ver si allí encuentra lo que busca”(A Melón, Montpellier, 24 de marzo 1818), *Epistolario*, 392-393.

hombre dedicado al estudio y a la escritura. De esta forma se verá obligado a dejar la capital y seguir a la Corte fantasma del rey, primero a Valencia y a Zaragoza, y después al exilio, del que ya no volverá. Su sueldo y su privilegiada forma de vida –que tanto le preocupó de siempre– fueron reducidos drásticamente. Su suerte fue la misma que las de los más destacados josefinos: Juan Antonio Llorente, Bernardo Iriarte, Manuel María Cambronero, Moratín, Estala, Marchena o Alberto Lista entre los hombres de letras.

Las penalidades sufridas por todos ellos tras la derrota de la causa napoleónica son bien conocidas. Lo mismo que su deseo, entre la inocencia y el oportunismo, de querer volver a la patria, alabando en esta ocasión al rey Fernando. Todo lo cual contribuyó a aumentar el odio de los “patriotas” contra el poeta y sus amigos, tal como puso de manifiesto de forma tan airada el mercedario Fray Manuel Martínez en sus violentos escritos *Los famosos traidores refugiados en Francia* (Madrid 1814) y, seguidamente, los *Nuevos documentos para continuar la historia de algunos famosos traidores refugiados en Francia* (1815). Entre los cuales, el ataque a Meléndez y a sus amigos Gómez Hermosilla y Estela, se encuentran al mismo nivel que los dedicados a los máximos responsables de la causa afrancesada como los ministros Azanza o Almenara.

Considerándolo como el mayor “copleador de José”, el fanático fraile llegará a llamar a su poeta áulico “¡embrollador! ¡Ridículo! Ridículo y miserable en sus ideas y en su prosa, por más excelente que sea en sus poesías ligeras”. Los ataques especiales del fraile mercedario contra los afrancesados y particularmente contra *Batilo*, sobre quien se muestra muy bien informado, hacen pensar que Martínez sabía mucho del poeta. No en balde éste –de nombre Manuel Martínez Ferro– había residido en Segovia y en Valladolid y era hombre versado en griego y latín, por lo que conocía bien al poeta... Sin piedad para con los *famosos traidores refugiados en Francia* –texto que se reimprimió en Valencia y en Barcelona– hasta publicó también en 1814 un Único remedio para la conversión de los nuevos judíos españoles.

Por su parte, el poeta, a poco de salir el escrito del fraile, le escribió a su amigo Azanza –el ministro más importante de José en España– mostrándole su indignación por la acusación de Martínez. Sin embargo, según le decía, el mercedario fue “amigo íntimo” del general Kellerman –uno de los generales más crueles y dados a la rapiña del ejército de Bonaparte–, de quien había recibido el curato de San Esteban de Valladolid, en donde trató con “la misma intimidad” al

comisario general de policía Nogués, que estaba con los refugiados en Montpellier, y decía que fue un consumado delator¹⁴⁴.

Mientras, según le indicaba al ex ministro, sus hábitos de poeta áulico de siempre parecen adivinarse en sus reuniones de emigrados, hablando siempre de lo mismo: “Aquí lo pasamos muy bien, cuanto esto puede decirse, todos los amigos; nos reunimos continuamente; hablamos sin cesar de una misma cosa, sin jamás cansarnos, y sacamos siempre la misma consecuencia: que nuestra patria común camina rapidísimamente a su inevitable ruina; y que nosotros, que quisimos preservarla de ella, somos sus beneméritos y no sus asesinos”.

Ante sus enemigos, sin embargo, de nada podían servir éstas ni las razones que el poeta escribió en el famoso prólogo escrito en Nîmes, fechado el 16 de octubre de 1815 cuando, con el tono halagador que le era familiar cual avezado poeta áulico, hacía un canto al nuevo reinado de Fernando: “Yo y todos los buenos divisábamos la aurora de otro más feliz para la nación y las letras en el reinado del señor Fernando VII”, en alusión al primer reinado de éste antes de la guerra napoleónica.

Tampoco le servirían las razones de su *mea culpa*: “He bebido mucho, sin merecerlo, en la amarga copa del dolor; mis años de sazón y de frutos, de utilidad y gloria, los sepultó la envidia...”; reconociendo que se había visto “calumniado, perseguido, desterrado, confinado y aún crudamente preso en el abatimiento y la pobreza, en lugar de los premios a que mis méritos literarios, mis celos y mis servicios me debieran llevar”.

Escrito en el que, por otra parte, ¡ni una palabra de duda ni de reproche por su conducta sale de la pluma del inmortal poeta en unos momentos en los que muchos de sus amigos eran conscientes de las consecuencias de su toma de partido por la causa equivocada! Sobre todo cuando en su romance “El naufrago” parece perfectamente consciente de las consecuencias de la tormenta generada por la guerra: “Pero ¡qué mar! ¡qué borrascas! ¡Y huracanes tan terribles!”

Ciertamente, el poeta no se hace a sí mismo el más mínimo reproche por su conducta, a pesar de que tuvo que dejar el país y seguir a los franceses en su evacuación final. Cuando él y sus amigos eran perfectamente conscientes de que si se hubieran quedado en Madrid tras la partida de José, “probablemente la multitud les habría sacado las tripas”¹⁴⁵. No obstante, en el prólogo de Nîmes se

¹⁴⁴ OC, 1223. A Miguel José de Azanza, Montpellier, 24 de septiembre de 1814.

¹⁴⁵ Cfr. MORENO ALONSO, M.: *José Bonaparte*, 244. Conocido es lo que le ocurrió al poeta Arjona, canónigo penitenciario de Córdoba cuando los franceses salieron de la ciudad a

consideraba a sí mismo como “el español más honrado, más fiel y más amante de su patria y de sus reyes”.

Por ello, ante una cruel realidad difícilmente discutible, sorprende el temprano intento por parte de su amigo y admirador el poeta patriota Quintana por rehabilitarle en la edición de sus *Poesías* en 1820, a sólo tres años de la muerte de Meléndez. Pues ni el mérito de “la certeza ni de la exactitud” caracterizará la defensa de Meléndez por Quintana, que empieza por admitir por parte del Gobierno “su disposición a olvidar”, lo cual “suavizó algún tanto con Meléndez la aspereza y estrechez de su condición”.

Dada la destacada posición de Quintana en el Gobierno en 1820, una vez realizada la revolución liberal propiciada por el golpe de Riego, se comprende el deseo del poeta amigo de reivindicar el nombre de Meléndez, aunque eran muchas las reservas que había incluso entre los liberales por su conducta acomodaticia en cuanto a su posicionamiento político. En un escrito sin el menor sentido crítico, cosa poco frecuente en Quintana, éste empero no dejará de aludir a los dones que siempre estuvieron presentes en *Batilo*, empezando por “sus conexiones con las primeras clases de la sociedad, donde era altamente estimado y acogido”. Aun cuando nada diga de que fue esta condición dada para su “celebridad” lo que le llevó a abrazar el partido equivocado que, durante generaciones, habría de ser duramente censurado por el pueblo y por los gobiernos. Pues como aconsejaba Moratín al afrancesado Hermosilla, “la gente con quien usted las ha es irascible e inexorable, y jamás perdona...; sufra usted y calle; con el Rey y la Inquisición, chitón”¹⁴⁶.

El poeta amigo aludirá en su escrito –que sirve de prólogo a sus poesías en 1820- a los “detractores de Meléndez” y a las “guerrillas literarias”, demasiado

comienzos de septiembre de 1812. Dirigiéndose el poeta hacia Sevilla, fue detenido en Écija por el corregidor, “que se condujo con él de la manera más violenta y despótica”, al tiempo que desde Sevilla se comunicaba su prisión por haber sido redactor de la *Gazeta de Córdoba*. Se le encontraron en la maleta cartas de recomendación para varios sujetos de los pueblos del tránsito, para algunos respetables empleados de Cádiz y aun para los regentes del reino, “pero las ocultaron el corregidor y los patriotas de Écija porque podían serles favorables, creyendo sin duda que era un mérito para con la patria hacer que se castigase a los *afrancesados*, como los llamaban, por cualesquiera medios que fuese posible”. De Écija salió para Córdoba fuertemente custodiado e internado en el depósito de presos que era el convento de San Pablo, donde se le señaló por aposento una pieza que había servido de carnicería, al tiempo que “la chusma, que custodiaba el depósito,” se apropió de los caballos que traía y que eran propiedad del canónigo, “desafuero nada extraño en aquellas circunstancias”.

¹⁴⁶ *Epistolario*, 686.

abundantes en el parnaso español, pero sin embargo silencia la gran acusación que por entonces todavía se lanzaba sobre el poeta afrancesado, cuando “la ambición civil sucedió a la ambición literaria, y otra situación trajo otros cuidados”¹⁴⁷. Con la particularidad de que a las críticas por su posición afrancesada, se unían las realizadas por sus detractores sobre su tradicional “filosofismo” o su gusto por lo extranjero en detrimento de los gustos casticistas tradicionales¹⁴⁸. Hasta el punto de que en 1786 el futuro afrancesado Estala llegó a denunciar, en alusión a Meléndez, cómo iba cundiendo demasiado “esta nueva secta en España”¹⁴⁹.

En su encendida defensa tampoco repara Quintana en que a lo largo de toda su vida el dulce Batilo siempre mostró en el fondo una indiscutible “ambición civil” que le llevó a aproximarse a los grandes. Es decir a “los Jovellanos, los Campomanes, los Tavira, los Rodas, los Llagunos”, para decirlo con las mismas palabras de Quintana, quien, evidentemente, no quiere sacar consecuencias que pudieran menguar el prestigio de su amigo, a quien pretende reivindicar. Porque, por su atracción por el poder y los ambientes cortesanos, el gran poeta no fue lo que en pureza debiera haber sido. Pues, según el decir de Quintana, “el poeta eminente no debiera ser más que poeta: así conservaría mejor su independencia y el decoro debido al ministerio de las musas”. Toda vez que su lira siempre se vio influenciada por su apego a los círculos cortesanos de poder, “sobre todo en un país como el nuestro, en que tan pocos recursos tienen los escritores para subsistir como tales”.

Dada la coyuntura histórica en que Quintana pretendió llevar a cabo la reivindicación del “inmortal poeta”, de poco sirvió que, a la altura de 1820, volviera considerarle como el “restaurador del Parnaso español” y como víctima de duras persecuciones, “arrojado en su vejez por las tormentas políticas”. Porque, una vez más, el poeta, en los años finales del Trienio liberal y en la nueva década ominosa que le siguió, no dejó de ser considerado de forma negativa por muchos españoles.

¹⁴⁷ La expresión “guerrillas literarias” la empleó Quintana en un texto de 1807, en referencia a los poetas de la década de los ochenta en la que “había tal vez demasiadas guerrillas literarias” (M.J. QUINTANA: “Sobre la poesía castellana del siglo XVIII”, en *Obras completas*, Madrid, BAE, XIX, 1946, 152-153. Muchos años antes, en 1787, Moratín ya habló también del “encarnizamiento lastimoso” de las “guerrillas literarias” en Madrid (*Epistolario*, 86).

¹⁴⁸ Cfr. LORENZO ÁLVAREZ, Elena de: *Nuevos mundos poéticos: la poesía filosófica de la Ilustración*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2002.

¹⁴⁹ CHECA BELTRÁN, José: “Meléndez Valdés en el debate literario de su época”, en Jesús Cañas Murillo y otros, *Juan Meléndez Valdés y su tiempo*, cit. 71.

La actitud de muchos de los doce mil españoles que siguieron en su huida definitiva al rey intruso estaba fundada sobre razones ideológicas y de oportunismo. Intelectualmente, Meléndez Valdés o Moratín –casi una generación anterior a sus amigos afrancesados Joaquín María Sotelo, Arjona, Lista o Reinoso– coincidían con sus amigos patriotas, todos ellos también reformistas entusiastas, pero que se opusieron a la solución afrancesada.

Sin embargo, todos ellos pero por distintos caminos quisieron el bien de España. También todos fueron protagonistas activos y víctimas de la vorágine en medio del odio y de la incomprensión propia de una guerra brutal que por encima de todo fue también una guerra civil. Las memorias justificativas que algunos de ellos escribieron, y que durante mucho tiempo fueron interpretadas negativamente, y los otros testimonios que existen sobre sus ideas y sobre su comportamiento permiten concluir que los más de los afrancesados actuaron en consecuencia con los planteamientos ideológicos previos. La gestión callada y eficaz de algunos de ellos durante los años de su colaboracionismo fue ejemplar y en cualquier caso su experiencia no resultó desaprovechada del todo. Pues algunos de aquellos mismos hombres y sus ideas fueron protagonistas en los años siguientes de nuevos planes de regeneración nacional, puestos en práctica cuando ya había pasado la hora de aquella generación¹⁵⁰.

En los tiempos todavía felices del reinado de Carlos III, tan añorados después, algunos españoles percibieron claramente el desfase e incluso las causas del mismo. En 1787, desde Narbona, Moratín –seis años más joven que Meléndez–, y a la sazón con veintisiete años, daba cuenta a Jovellanos de su *admiración y envidia* ante los canales franceses. No dejó de pensar un momento, según le dice, en el famoso canal de Campos, “que se empezó, como todo lo bueno que se empieza en España, para no concluirse jamás”. Y se preguntaba: “¿No es desgracia nuestra que cuanto se hace, dirigido a la utilidad pública, si uno lo emprende, viene otro al instante que lo abandona o lo destruye?”¹⁵¹. En su opinión, ni la nación estaba educada, ni se habían generalizado las ideas de “economía política”, ni los que gobernaban lo hacían con un criterio de utilidad bien entendida. Seguían siendo víctimas, a su modo de ver, del “empeño funesto que los agita, de aniquilar y deshacer lo que sus predecesores fomentaron”.

Para Moratín, los españoles de su tiempo fueron víctimas de este “tira y afloja” que, mientras existiera, impediría la construcción de canales como los

¹⁵⁰ MORENO ALONSO, Manuel: *La Generación de 1808*, 157.

¹⁵¹ Epistolario, p. 100 (Narbona, 28 de agosto de 1787).

del Languedoc. En odio al conde de Aranda, por ejemplo, se había abandonado en su opinión el canal del Manzanares; en odio del mismo se habían prohibido los bailes de máscaras en los carnavales y aún algunos habían querido dar a entender que “nadie puede ser cristiano católico, si una noche se viste de molinero o se pone una caperuza de Pulchinela”.

En la misma carta a Jovellanos, le dirá también que él no se extrañaría en lo más mínimo si, por el mismo motivo, volvían los jesuitas, se restablecían los Colegios Mayores (en odio de don Manuel de Roda), o se acababa con los teatros de los sitios por odio a Grimaldi. Al saber por el mismo Jovellanos de los proyectos del conde de Floridablanca para fundar una Academia de Ciencias, con un edificio magnífico y una escogida y numerosa biblioteca, responde sencillamente que no lo cree: porque “el conde caerá del ministerio, como todos caen, y por consiguiente, el que le sucederá enviará a los Académicos a la Cabrera, a las Batuecas o al Tardón, los libros se machacarán en el molino de Oruzoo para el papel de estraza, y el edificio servirá de cuartel de inválidos o de almacén de aceite”. En 1808, Moratín lo mismo que Jovellanos o Meléndez podían hablar mucho, y con conocimiento de causa, del “estado de infancia”, en que seguía encontrándose España. Esta fue la tragedia en la que se vieron inmersos, mientras los pronósticos del joven Moratín se hacían realidad.

En 1814, en la terrible caza de brujas que siguió a cuantos colaboraron con los franceses, la Real Academia declaró vacante la plaza de Meléndez Valdés, lo mismo que hizo con el historiador Conde, también afrancesado. Y diez años después, tras el fracaso del Trienio, se prohibió su edición de las *Poesías* de 1820, suprimiéndose el premio logrado por el autor antes de morir y, naturalmente, la gran biografía de Quintana.

Sin embargo, a pesar de la tragedia que se cernió sobre ellos, no fueron pocos los españoles que lo recordaban con admiración contenida. Desde Inglaterra, donde se había autoexiliado, Blanco fue uno de los que siguió con interés los pasos del gran poeta. El nombre de Meléndez Valdés era familiar a los ingleses interesados por las cosas de España. Jeremiah Holme Wiffen, bibliotecario del duque de Bedford y traductor de Garcilaso y de Tasso, prefería el gusto y elegancia de Meléndez al de Herrera o Rioja, cuando hablaba de las cosas de España¹⁵². Y el editor Ackermann, el amigo de Blanco, editó algunas de

¹⁵² HOLME WIFFEN, Jeremiah: *The Brothers Wiffen: Memoirs and miscellanies*, ed. by Samuel Rowles Pattison, London, 1880, pp. 53-54.

sus poesías¹⁵³. De haber vivido *Batilo* por entonces le hubiera agradecido, como hizo Moratín desde su exilio de Burdeos, cuanto había hecho ante “esa sociedad de hombres ilustrados y sensibles que para honor de la humanidad se ocupan en reparar por los medios que son posibles las injusticias de otros hombres, y los reverses de la fortuna”¹⁵⁴.

El juicio que Meléndez, a poco de su muerte, mereció a aquél fue el propio de una “persona de grandes cualidades naturales, perfeccionadas por más lectura e información que las que se suelen encontrar en nuestros hombres de buen gusto”. Le criticó su “endebles” colección de anacreónticas de su juventud y algunos de sus poemas amorosos, “con el único y escaso mérito de un lenguaje armonioso, sencillo y elegante”. Fiel a su enorme sinceridad crítica, señaló igualmente que, “de no haber buscado temas más nobles que sus Palomas y Filis, el menor progreso en el buen gusto nacional hubiera relegado sus primeros poemas a los tocadores de nuestras pastoras ciudadanas”. Pero, en su opinión, otra cosa era su obra de madurez: sus églogas, y sobre todo sus odas, “en las que muestra un gran dominio del verso español aunque todavía faltó de atrevimiento y originalidad”¹⁵⁵.

Muchos años después de su muerte, y después de vicisitudes sin cuento, los restos de *Batilo* —“un hombre tan conocido en la literatura como en los negocios públicos”, según el embajador francés (*Correspondance*, III, 61)- descansarán en el Panteón de Hombres Ilustres del Cementerio de San Justo junto a los de otros emigrados amigos, como Moratín y Goya. Todos ellos testimonios elocuentes y víctimas de la tragedia que vivió España entre 1808 y 1814, en los que *Batilo* siguió siendo el poeta por excelencia de los españoles en guerra.

¹⁵³ Se trata curiosamente de una antología gastronómica y amorosa, no poco deficiente, de José de URCULLU: *La Gastronomía, o los placeres de la mesa. Poema en cuatro cantos*, Londres, Ackermann, 1825.

¹⁵⁴ *Epistolario*, 528 (Burdeos, 25 de noviembre de 1822).

¹⁵⁵ BLANCO WHITE, José: *Cartas de España*, cit., XI, p. 28.

